



JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN

POESÍAS DE JUVENTUD.

Comentario [LT1]:

-----índice-----
¿Qué es una madre?
 Tu madre
 Los amigos
 La honradez
 El trabajo
 Dios
 ¡Por tu padre!
 Recuerdo de tu primera comunión
 A Cándida
 Dos cartas
 ¡Adiós!
 Las hermanas de la caridad en la guerra
 El destino de las flores
 Plegaria
 El amo
 Patria
 Los dichos del tío Fabián
 Viejos soles
 Cita
 La mujer
 La fuente vaquera (Balada)
 Las hazañas de «coral»
A la muerte de mi hurón (Elegía improvisada..., y así saldrá ella)
 Mañanas y tardes (Sueños)
 Suspiros
 ¡Patria mía!
 ¿??

=====

¿Qué es una madre?

Mi madre me dio la vida:
mi madre arrulló mis sueños
cuando en mi infancia querida
soñaba el alma dormida
con horizontes risueños.

Alzóme su amor altares,
sembró mi vida de flores
y un templo fueron mis lares
al rumor de sus cantares
y al calor de sus amores.

¡Cómo poderlo olvidar
si ella me enseñó a marchar
por la senda del deber,
y ella me enseñó a rezar,
y ella me enseñó a creer!

¡Qué dulzura tan ardiente,
me daba su labio amante,
cuando besaba mi frente
con ese amor delirante
que sólo una madre siente!

Ella me supo infundir
esta santa fe crisitiana
que me ha ayudado a vivir,
y ha de ser quizá mañana
la que me enseñe a morir.

Sus labios me la enseñaron
y en mi mente la infundieron,
sus virtudes la cantaron,
sus ejemplos me la dieron,
sus besos me la grabaron.

¡Aunque sólo le debiera
esta fe que me infundió,
diérame mi vida entera,
y aun pagarle no pudiera
el tesoro que me dio!

¡Cuántas lágrimas me evita,
cuántos dolores me calma,
cuántos pesares me quita
la fe querida y bendita
que infundieran en mi alma!

Del mundo en el ancho mar
bogando tras el saber,
es muy fácil naufragar
y es muy difícil vencer
queriendo sin fe luchar;

Acaso tú no comprendas
lo que diciéndote estoy
de estas mis luchas tremendas...

Mas, si no lo entiendes hoy,
mañana quizá lo entiendas.

Siempre, siempre que he invocado
de esa fe la santa ayuda,
con más valor he luchado
y mi espíritu ha triunfado
en sus luchas con la duda.

¿Y a quién debo tal victoria
sino a mi madre querida,
que en el alma y la memoria
dejóme esta fe esculpida
como un título de gloria?

¿Y a quién, si a tu madre no,
vas a deber tú mañana,
cual debo a mi madre yo
esta santa fe cristiana
que en el alma me infundió?

¡Bendito el ser que en mi mente
consiguió grabarla un día
con besos de amor ardiente
cuyo calor todavía
me está abrasando la frente!

¡Cuántas noches de desvelo,
cuánta lágrima vertida,
cuánto incierto desconsuelo
costé a la madre querida
que en mí cifraba su anhelo!

¡Cuántas tristes aflicciones,
cuántas hondas emociones,
su corazón sufriría!
¡Cuántas dulces oraciones
junto a mi cama alzaría!

¡Cuándo podré concebir
dolor tan hondo y tan fuerte
como ella debió sentir,
viéndome a mí combatir
entre la vida y la muerte!

Di: ¿tu mente ha concebido
lo que ella sufrió por mí?
¡Pues ya tienes comprendido
lo mucho que habrá sufrido
tu amante madre por ti!

¡Ámala, pues! Y si eres
un hijo bueno que quieres
su amor, en parte, pagar,
cumple todos los deberes
que ahora te voy a enseñar.

Tu madre

Si en los humanos seres del mundo moradores
hay un amor purísimo de celestial sabor,
es el amor de madre, de todos los amores,
el celestial, el puro y el verdadero amor.

Por eso ante los ojos del Dios omnipotente,
no debe haber pecado ni ingratitud mayor
que la del hijo ingrato que con amor ferviente
no paga amor tan grande de que es filial deudor.

En el amor materno todo es pureza,
todo es afecto tierno, todo grandeza.
Bien ajeno a los vicios del egoísmo,
todo él es sacrificios, todo heroísmo.

Si tú de ese amor santo ser digno quieres,
ama a tu madre tanto como pudieres,
porque su amor es puro, grande y sincero,
y es noble, y es seguro, y es verdadero.

Por la santa memoria
de tu buen padre
ama a tus hermanitos
y ama a tu madre;
que al buen hermano
y al buen hijo, Dios mismo
les da la mano.

Los amigos

Te encontrarás mañana, si dejas de ser niño,
amigos que protesten de su amistad leal;
tendrás acaso muchos que fingirán cariño
y hasta darán pruebas de afecto fraternal;

pero si tú te inspiras en mi consejo sano,
tendrás para tratarlos una prudencia tal,
que su amistad dañina te ofrecerán en vano,
cuando arrastrarte quieran con su amistad al mal.

Huye del falso amigo que se enmascara,
más que del enemigo que da la cara;
y no uses de violencia para alejarlos,
pero sí de prudencia para tratarlos.

Son muchos los venales y los arteros
y pocos los leales y los sinceros.
¡Yo no quiero contarte los que he encontrado
porque ibas a quedarte maravillado!

Si tú encuentras alguno
fiel y sincero,
has de quererle tanto
como te quiero,
porque ese amigo
será siempre tu hermano
para contigo.

La honradez

Jamás el puro espejo de tu conciencia sana
empañes con la mancha de deshonrosa acción;
jamás con las miserias de la maldad liviana
desmientas tu cristiana y honrada educación.

Jamás en el combate del bien y la impureza
sucumba deshonado tu noble corazón,
ni al tentador halago de terrenal riqueza,
ni al miserable impulso de material pasión.

La honradez es tesoro tan verdadero,
que no lo compra el oro del mundo entero,
pues la mayor riqueza de la existencia
es la santa pureza de la conciencia.

El que la haya manchado de lodo inmundo,
un hombre despreciado será en el mundo,
y el que la haya perdido, será ante el Cielo
réprobo maldecido más que en el suelo.

No extrañes que no premien
en la existencia
los sentimientos puros
de tu conciencia.
¡El hombre honrado
por el Juez de los jueces
será premiado!

El trabajo

Cuando de Dios la mano sabia y omnipotente,
puso en el mundo al hombre luego que lo creó,
el hombre ingrato y débil fuele desobediente
y el Creador al trabajo su vida encadenó.

Siendo, pues, el trabajo ley soberana y santa
que el Hacedor del mundo con su poder dictó,
debemos acatarla con reverencia tanta
como el poder merece de quien la promulgó.

Es el trabajo fuente de la riqueza
y aguijón diligente de la pereza;
la ruina y los pecados más lastimosos
son frutos obligados de los ociosos.

Si en el trabajo honrado tus miras pones,
vivirás alejado de tentaciones,
labrarás con tus manos tu bien futuro
y el pan de tus hermanos harás seguro.

Honrado patrimonio
te dio tu padre
consérvalo y ayuda
siempre a tu madre,

y Dios un día,
te dará a manos llenas
pan y alegría.

Dios

¿Quién es el hombre ingrato que de la mano santa
del Dios pródigo y grande la vida recibió,
y ante su Dios postrado los ojos no levanta
reconociendo humilde cuanto el Señor le dio?

¿Quién es el hombre ingrato que con placer no canta
las eternas glorias del Dios que le creó,
y no agradece humilde misericordia tanta
y bienes tan inmensos como Él le dispensó?

Dios les da a los que lloran dulce consuelo
cuando su auxilio imploran con fe y anhelo:
Y ¡ay de los descreídos que no le llaman!
Y ¡ay de los pervertidos que no le aman!

Ante Dios de rodillas alza tus preces,
que cuanto más te humilles, más te ennobleces;
y ten siempre presente que el mal cristiano
no puede ser buen hijo ni buen hermano.

Alza al cielo los ojos
constantemente,
sé cristiano sincero,
sé buen creyente,
que al buen cristiano
Dios, que es Padre de todos,
le da la mano.

¡Por tu padre!

¡Cuanta sublime belleza
hay en la hermosa plegaria
santa y pura,
del huerfanito que reza
del padre en la solitaria
sepultura!

¡Con qué divina armonía
sonarán sus oraciones
en el cielo
como eco de una alegría
que busca a las aflicciones
un consuelo!

Los ángeles al oírlos,
con voces mil ideales
le harán coro,
para ante Dios repetirlas
al son de sus celestiales
arpas de oro.

Y el Dios Grande y Soberano,
coronado por millares
de luceros;
el que con su sabia mano
trazó a los revueltos mares
sus linderos;

el que desgaja los montes
e incendia con las centellas
el espacio,
y pinta los horizontes
con tibias auroras bellas
de topacio;

el que, con mano potente,
va los ejes gobernando
de la tierra;
el que despeña el torrente
que desciende rebramando
de la sierra;

el que riza suavemente
las ondas del claro río
bullicioso,
o le ordena de repente
que se desborde bravío
y espumoso;

el que bañó de colores
las alas de las bullentes
mariposas,
y dio a la brisa rumores
y aguas puras a las fuentes
bulliciosas;

el que corona de nieve
las más altivas montañas
de la tierra,
y cuida el átomo leve
perdido entre las entrañas
de la sierra;

el que encierra en las semillas
gérmenes fecundadores
diminutos,
incógnitas maravillas
de donde surgen las flores
y los frutos;

el que dispone del freno
del rayo de la tormenta
destructor,
y apaga la voz del trueno
que en el espacio revienta
con fragor;

el que selvas y jardines
pobló de divinos coros
trinadores,

de pintados colorines
y de pardos y canoros
ruiseñores;

el Dios que lo mismo cuida
del insecto que en la tierra
yace hundido,
que del águila atrevida
que en el peñón de la sierra
cuelga el nido;

el que a las flores dio aromas,
y a los arroyos corrientes
placenteras,
y dio arrullo a las palomas
y rugidos estridentes
a las fieras;

el que cuajó de topacios
las tibias auroras bellas
purpurinas,
y salpicó los espacios
con una lluvia de estrellas
diamantinas;

el Dios de existencia eterna
que, con gran sabiduría
providente,
rige, conserva y gobierna
la universal armonía
sorprendente;

el que es la Suma Belleza
y es la Razón Soberana
de la vida;
el que es la Suma Grandeza
jamás por la mente humana
concebida...

¡Ese gran Dios soberano
bendice las oraciones,
siempre puras,
del huerfanito cristiano
que llora sus aflicciones
prematargas!

¿Ves qué sublime grandeza
hay en el ruego inspirado
y afligido
del huerfanito que reza
por el padre idolatrado
que ha perdido?

¿Soñaste mayor grandeza
que la de ser bendecido
por la mano
que en la gran naturaleza
de su poder ha vertido
sólo un grano?

¿Soñaste mayor consuelo
para calmar aflicciones
y agonías
que el de saber que en el cielo
se escuchan las oraciones
que a él envías?

Reza, pues, querido amigo,
y de tu padre venera
la memoria:
que yo rezaré contigo
por la paz dulce y eterna
de su gloria.

¡Reza, reza con tu madre
y de su alma solitaria
sé el consuelo!
¡Reza, que tu pobre padre
benedicirá tu plegaria
desde el cielo!

Recuerdo de tu primera comunión

¿Cómo podré yo pintarte
prueba tan grande de amor?
¡Cómo podré yo expresarte
la gran bondad del Señor
que ha venido a visitarte?

¿Dónde podré yo encontrar
acentos para un cantar
de celestial armonía,
si el son de la lira mía
no puede hasta Dios llegar?

¿Cómo he de poder cantar
lo que no sé comprender?
¿Cómo he de poder pintar
lo que me puede cegar
con la luz de su poder?

El Dios que quiso crearte
ha querido a Él acercarte,
y quiere junto a Él tenerte,
y quiere santificarte,
y quiere hijo suyo hacerte.

¿Qué lira puede cantar,
qué pincel puede pintar
ni qué corazón medir
la prueba de amor sin par
que acabas de recibir?

Ni la puedes comprender,
ni la puedes merecer,
mas di humillado «¡Señor!,
¡eres grande en tu poder,

pero más grande es tu amor!

No te ha bastado lavarme
de mi culpa en el Calvario,
y ahora vuelves a llamarme
desde un humilde Sagrario
sólo por santificarme.

Si causa de tu Pasión
fue mi redención primera,
sea esta santa comunión
mi segunda redención
y mi redención postrera.

¡Hazme bueno; hazme cristiano;
no apartes de mí tu amor,
no apartes de mí tu mano,
que yo prometo, Señor,
ser buen hijo y buen hermano!»

A Cándida

I

¿Quieres, Cándida saber
cuál es la niña mejor?
Pues medita con amor
lo que ahora vas a leer.

La que es dócil y obediente,
la que reza con fe ciega,
con abandono inocente.
la que canta, la que juega.

La que de necias se aparta,
la que aprende con anhelo
cómo se borda un pañuelo,
cómo se escribe una carta.

La que no sabe bailar
y sí rezar el rosario
y lleva un escapulario
al cuello, en vez de un collar.

La que desprecia o ignora
los desvaríos mundanos;
la que quiere a sus hermanos;
y a su madrecita adora.

La que llena de candor
canta y ríe con nobleza;
trabaja, obedece y reza...
¡esa es la niña mejor!

II

¿Quieres saber, Candidita,

tú, que aspirarás al cielo,
cuál es perfecto modelo
de cristiana jovencita?

La que a Dios se va acercando,
la que, al dejar de ser niña,
con su casa se encariña
y la calle va olvidando.

La que borda escapularios
en lugar de escarapelas;
la que lee pocas novelas
y muchos devocionarios.

La que es sencilla y es buena
y sabe que no es desdoro,
después de bordar en oro
ponerse a guisar la cena.

La que es pura y recogida,
la que estima su decoro
como un preciado tesoro
que vale más que su vida.

Esa humilde jovencita,
noble imagen del pudor,
es el modelo mejor
que has de imitar, Candidita.

III

¿Y quieres, por fin, saber
cuál es el tipo acabado,
el modelo y el dechado
de la perfecta mujer?

La que sabe conservar
su honor puro y recogido:
la que es honor del marido
y alegría del hogar.

La noble mujer cristiana
de alma fuerte y generosa,
a quien da su fe piadosa
fortaleza soberana.

La de sus hijos fiel prenda
y amorosa educadora;
la sabia administradora
de su casa y de su hacienda.

La que delante marchando,
lleva la cruz más pesada
y camina resignada
dando ejemplo y valor dando.

La que sabe padecer,
la que a todos sabe amar

y sabe a todos llevar
por la senda del deber.

La que el hogar santifica,
la que a Dios en él invoca,
la que todo cuanto toca
lo ennoblece y dignifica.

La que mártir sabe ser
y fe a todos sabe dar,
y los enseña a rezar
y los enseña a crecer.

La que de esa fe a la luz
y al impulso de su ejemplo
erige en su casa un templo
al trabajo y la virtud...

La que eso de Dios consiga
es la perfecta mujer,
¡y así tienes tú que ser
para que Dios te bendiga!

Dos cartas

I

¡Hijito del alma mía!
Anoche un sueño terrible
me hizo asistir al horrible
martirio de tu agonía.

¡Tremendas cosas soñé!
Soñé que el hijo querido
diome sin pena al olvido
y apostató de su fe.

Y presa de horrible espanto
te vi despertar, hijito,
de ese colegio bendito
donde se aprende a ser santo.

Y loca, al verte manchado,
bajé a buscarte al abismo,
al fangal, al antro mismo,
donde se encueva el pecado.

Sin Dios, sin madre y sin fe,
¡qué solo estabas allí!
Muerta de miedo te vi,
loca de amor te llamé.

Y la manada maldita
de aquellas bestias salvajes
llenó de injurias y ultrajes
a la infeliz viejecita.

Después, en mi desvarío,

soñé que un sayón de aquellos
me arrastró por los cabellos,
¡que son blancos, hijo mío!

Y tú, de la turba en pos,
ibas riendo... ¡Te ví!...
¡Te oí maldecirme a mí!
¡Te oí blasfemar de Dios!

Y al despertarme exclamé:
«¡Que muera el hijo, gran Dios;
pero llevádmelo Vos,
que para Vos lo crié!...»

Perdona a tu madrecita
si ha soñado el desatino
de que eras el asesino
de tu pobre viejecita.

¡Delirios!... Sabe tu amor
que tengo en el alma frío
y sólo vivo, hijo mío
de tu cariño al calor.

Muerta el alma de tristeza,
seca de llanto la fuente,
llena de arrugas la frente,
blanca la débil cabeza,

trémula la pobre mano
que estos renglones escribe,
soy una muerta que vive
al sol de un amor lejano.

Tú eres mi sol, hijo mío,
y mientras él me caliente
podrá haber frío en mi frente,
¡en mis entrañas no hay frío!

II

Besando estoy madre mía,
tu carta de angustia lleno.
Si por Dios no fuera bueno,
sólo por ti lo sería.

Jamás amarguen tu amor
esas quimeras extrañas;
el hijo de tus entrañas
vive en la fe del Señor;

y de ella y con ella lleno,
ni aun en sueños ha salido
de ese colegio querido
donde se aprende a ser bueno

.....
Por eso en esta mansión
toda frase es caridad,

todo suspiro es piedad,
todo arrullo es oración.

¿Y tú quizá lo dudaste?
¡Ni en sueños de calentura
no se puede fingir locura
mayor que la que soñaste!

Labios que tú has de besar
no podrán nunca verter
blasfemias de Lucifer,
palabras de lupanar.

Yo, que ante Dios lo he jurado,
hoy lo juro ante mí mismo:
¡No bajarás tu al abismo
buscando al hijo manchado!

¿Soñaste que el mundo vano
hízome impío? ¡Quimera!
Si yo en tus brazos muriera,
¡vieras morir a un cristiano!

¿Soñaste verme de fijo
romper de tu amor los lazos?
Si yo muriera en tus brazos,
¡vieras morir un buen hijo!

Perdono a mi madrecita
si ha soñado el desatino
de que yo era el asesino
de mi amada viejecita.

Y dejaréla decir,
ya que es ese su placer,
que el calor de mi querer
la está ayudando a vivir.

¡Así vivimos los dos!
Por eso el día tremendo
en que mi ruego no oyendo
me deje sin madre Dios,

Dios ha de ver cómo escribo
sobre la tumba sombría:
«Cuando esta madre vivía,
no estaba muerto este vivo.»

No sospeches, madrecita,
que mi espíritu atormentas
cuando en tus cartas me cuentas
lo que te aflige y te agita.

Yo olvidaré de una vez
esas tus locas visiones,
que no son más que aprensiones,
ternuras de tu vejez...

Pero, en cambio, yo te exijo

que tú también las olvides,
que te alegres, que te cuides,
¡que no llores por tu hijo!

Porque ¡ay de él si de tristeza
se le muere, estando ausente,
la de la blanca cabeza,
la de la arrugada frente!

¡Adiós!

(A la memoria de mi querido
discípulo Nicomedes Martín.)

¡Discípulo inolvidable,
alma hermana de la mía,
bendito sea adorable
por quien mi pecho sentía
cariño tan entrañable!...

Ángel que al mundo bajaste
dentro de un cuerpo de niño,
¿por qué tan pronto dejaste
la vida donde encontraste
para ti tanto cariño?

¿Por qué a tus padres queridos
dejaste tan afligidos
con tu muerte prematura,
que los tienes sumergidos
en tan tremenda amargura?

¿Por qué me dejaste a mí
si sabías que tenía
yo tanto amor para ti
que el alma herida sentí
cuando vi que te perdía?

Yo te enseñaba a querer,
yo te enseñaba a marchar
por la senda del deber,
yo te enseñaba a rezar,
yo te enseñaba a creer.

Y en tu alma pura y sencilla,
dócil como una paloma,
brotó tan santa semilla
como de una florecilla
brota el purísimo aroma.

Tal vez extrañe, el que ignore
lo mucho que me querías,
que tanto tu muerte llore
y que por ella hoy devore
secretas melancolías.

Mas si el testimonio invoco
de aquel cariño tan santo
cuyo recuerdo hoy evoco,

¿qué extraño es que llore un poco
quien supo quererte tanto?

¡Pobre mártir inocente!
¡Con qué dolor tan profundo,
con qué ansiedad tan ardiente
besé tu serena frente
cuando dejaste este mundo!

¡Con qué dolor te veía
sufriendo el atroz tormento
de tu bárbara agonía
sin poder el alma mía
darte vida con su aliento!

¡Y qué consuelo he sentido
pensando en que he recogido
cuando estabas ya expirante
el leve postrer latido
de tu corazón amante!

¡Y al acabar con la muerte
de tu dolor el calvario,
qué consuelo fue ponerte
mi bendito escapulario
sobre tu pecho ya inerte!

¡Tristes momentos aquellos!
Como recuerdo de ellos
conservo, cual rica alhaja,
una cinta de tu caja
y un mechón de tus cabellos.

Y así podré de esta suerte
tener, cual prenda querida
de lo que supe quererte,
un recuerdo de tu vida
y un símbolo de tu muerte.

En estos pobres renglones
para tus padres escribo
mis secretas impresiones,
que acaso en sus aflicciones
les sirvan de lenitivo;

porque el recuerdo incesante
de que tú fuiste en el mundo
un ángel y un hijo amante,
será un consuelo constante
para su dolor profundo.

¡Dios hizo bien al llevarte!
¡Bien hago yo si a tu muerte
quiero esta deuda pagarte!
¡Si vivo supe quererte,
muerto, debo de llorarte!

¡Dios hizo bien!... Sólo escoria
y miseria es lo que encierra

esta vida transitoria.
¡Los ángeles de la tierra
deben marcharse a la gloria!

Las hermanas de la caridad en la guerra

Ángeles que a la tierra
Dios os envía;
la patria os divinice,
ella os bendiga
yo no soy digno
ni de cantar siquiera
vuestro heroísmo.

Pero yo lo calculo,
yo lo comprendo,
y en el fondo del alma
yo lo venero.
¡Oh, cuántas veces
me hacéis llorar a solas,
santas mujeres!

¡Qué pequeño es el hombre
cuando contempla
desde el mundo egoísta
vuestra grandeza
¡Oh, qué pequeño,
cuando os miro a vosotras,
yo me parezco!

El héroe enardecido
que por la patria
derrama en el combate
su sangre honrada,
es noble, es grande;
mas la patria lo ordena,
¡y él da su sangre!

Pero ¿quién a vosotras
os ha pedido
vuestro largo calvario
de sacrificio?
¿Quién os obliga
a inmolar por la ajena
la propia vida?

¿Quién os lleva arrastradas
adondequiera
que haya abiertas heridas
que nadie cierra,
y haya amarguras,
y haya lágrimas tristes
que nadie enjuga?

¿Quién os lleva a vosotras,
mujeres santas,
a endulzar agonías
desesperadas,

y a dar consuelos,
y a rezar por los vivos
y por los muertos?

¿Quién es que os ha lanzado,
humanos ángeles,
en medio del estruendo
de los combates,
donde los hombres
luchan y se destrozan
como leones?

¿Quién os manda a vosotras,
pobres mujeres,
i a cerrar los ojos
de los que mueren,
y a ser las madres
de los que lejos de ellas
viertes su sangre?

¿Quién os lleva a la cumbre
del heroísmo?
¿Quién os da fortaleza
para el martirio?
¿Quién os obliga
a inmolar por la ajena
la propia vida?

Lo sé, santas mujeres:
vuestro heroísmo
es el de los amantes
hijos de Cristo,
¡No hay quien lo niegue!
¡La caridad cristiana
todo lo puede!

El destino de las flores

I

La mano de un caballero,
de un caballero mundano,
cortó una orquídea preciada,
que en el tibio invernadero
del gran parque cortesano
creció cual niña mimada.

Y la llevó a los salones
donde, entre danzas y gritos,
la fiesta mundana hervía
con todas las tentaciones
y todos los apetitos
que Satanás encendía.

«¡A la reina del placer!»,
dijo el gentil caballero,
y ufano la flor le dio
a una elegante mujer
que con talante altanero

sobre el seno la prendió.

La ardiente atmósfera henchían
brillantes luces que herían
y aromas embriagadores,
y pláticas seductoras,
y cascadas de colores,
y músicas tentadoras...

Y aquella flor delicada
sólo por brisas mecida
que ella de aroma empapó,
ahora danzaba asfixiada
por la atmósfera encendida
que su perfume sorbió.

Su muerte, ¡qué triste fue!
Ciega de rabia y despecho
por celos de no sé qué,
su altiva dueña, irritada,
se la arrancó de su pecho
y al suelo arrojóla airada.

Y dos o tres caballeros
distráidos y altaneros
que platicando pasaron,
con sus pies la mancillaron,
y se alejaron ligeros
¡y muerta allí la dejaron!

II

La mano de un caballero,
de un caballero cristiano,
cortó en el huerto una rosa
y al templo fuese ligero,
llevando alegre en la mano
la flor fragante y hermosa.

«¡A la Reina de los cielos!»,
dijo el hidalgo cristiano,
dechado de fe sencilla;
y ardiendo en santos anhelos,
la puso a los pies, ufano,
de la Reina sin mancilla.

El tibio ambiente llenaban
efluvios que a campo olían,
cantos que de amor hablaban,
suspiros que el aire hendían,
bendiciones que bajaban
y plegarias que subían...

Y la flor encantadora
que el ambiente transparente
del huerto esenciara tanto,
de esencia llenaba ahora
otro purísimo ambiente

que, a más de puro, era santo.

Su muerte, ¡qué deliciosa!
de humo de incienso un jirón
llevó a la mansión gloriosa
el rumor de una canción
con la última exhalación
el perfume de la rosa.

Caballero distraído
que trasplantar tu hija quieres
del jardín de tus amores,
no des jamás al olvido
que es como el de las mujeres
el destino de las flores.

Plegaria

Bajo tu amparo, Señor,
pongo mis hijos queridos.
Tú serás el protector
de estos ángeles dormidos
que ídolos son de mi amor.

Entrego a tu Providencia
los hijos de mis entrañas.
¡Cuidame de su existencia
Tú que me los acompañas
en su sueño de inocencia!

Y si consientes que un día
queden sin padre y sin madre,
en tu amor mi fe confía;
¡dales por Madre a María

El amo

El monte era feraz, hermoso y grande;
la casa, alegre y blanca;
la gente, vívidora;
sanos los cuerpos, vírgenes las almas,
cadencioso el vivir, sereno el tiempo,
honda la paz y la existencia larga.
El mejor de los mundos se veía
desde las puertas de la alegre casa
y el pedazo más puro de los cielos
sobre el dulce rincón se dilataba.
¡Quién el alma de un ángel,
quién me diera un pincel, quién unas alas
para del cielo en el divino lienzo
pintar el campo que debajo estaba,
que hay pedazos del mundo que podrían
servir al cielo de divina entrada!
¡Qué hermosa, qué tranquila
la alquería feliz de Casablanca!
No quiso Dios que con salvajes gritos
los mares la arrullaran,

ni que aquellas riberas del silencio
lamiesen bravas aguas;
que es la lengua del mar lengua de fiera
que lame torva, al domador las plantas;
que el arrullo del mar es resoplido
de león que descansa
y de allí donde Dios vierte quietudes
aleja las borrascas,
porque ellas siempre nublarán los cielos,
y enturbiarán las aguas,
y troncharán las flores,
y afligirán las almas.
Ni puso en la alquería
las tremendas grandezas soberanas
de las cerradas tenebrosas selvas,
los tajos sin hondón de las montañas,
los ríos caudalosos de aguas turbias;
las monstruosas cordilleras pardas,
la muerte gris de los desiertos grandes,
la vida sorda de las sierras bravas.
¡Señor, cuán otra hiciste
la alquería feliz de Casablanca!
¿Para qué más arrullos que el suave
del aire aquel que por los montes pasa,
o del ronco pichón enamorado
con un amor que su pechuelo inflama?...
¿Y cuáles como aquellas
frescas y puras, saludables aguas
del manso regatuelo
que cruza la pradera solitaria
con música de paz, ritmo asonante
que parece celeste canto de almas?
¿Y qué mayor grandeza
que la que humildes guardan
una del soto madre selva virgen
o una del prado margarita blanca,
una canción de pájaro en amores,
un germen microscópico que estalla...?
¡Qué feliz es la vida de los buenos,
y viviéndola allí, cuán sosegada!
El tiempo venidero se aproxima
cantando la canción de la esperanza
y recita al pasar sobre nosotros
el himno lleno de la vida honrada...
¡Qué bello es el ayer que atrás murmura
sólo memorias gratas!
¡Qué sabroso es el hoy en Dios vivido,
y qué consolador es el mañana!...

Patria

I

Vieja España, gloriosa madre santa,
¿para qué requerir tu hermosa historia,
si hasta el hijo más rudo que hoy te canta
la conserva esculpida en su memoria?
¿Y cómo tanta gloria

cómo grandeza tanta,
sin profanarlas celebrar podría
la voz de mi garganta
y el sordo acento de la lira mía?

La madre de los grandes heroísmos,
la que descubre los ignotos mundos
que el Señor escondió tras los abismos
de los mares profundos;
la que de aquellos mundo ignorados
fue con Dios cual segunda creadora,
y, dándoles después con sangre escrita
la ejecutoria de su fe bendita,
fue con Cristo segunda redentora...

La que al ver profanado
por razas delirantes de ambiciones
este viejo solar immaculado,
pujantes engendró generaciones
de hijos como leones,
y siete siglos de guerrero empeño
costóle una victoria,
que esculpió en las entrañas de la Historia
una epopeya que parece un sueño;
la que a la mar bajo la cruz se hiciera
cuando la armada muchedumbre fiera
de la barbarie y la impiedad rugiendo,
fuerte sintióse y avanzó guerrera
las turbias olas de la mar hendiendo,
y en lucha horrible, admiración y espanto
del amagado mundo estremecido,
le dio la sepultura del vencido
en las aguas sagradas de Lepanto:
la noble madre que engendró admirables
legiones incontables
de reyes, caballeros,
sabios gobernadores,
intrépidos guerreros,
santísimos varones que han poblado
los altares divinos,
portentosos ingenios peregrinos
que la vida inmortal nos han robado...;
la nación que tuviera
del mundo en el rincón más apartado
sobre cada ciudad una bandera;
la que a la Historia hiciera
grabar en cada página una hazaña,
la que ayer soberana y grande era,
la que ahora está caída..., ¡esa es España!

II

¿Qué dolientes gemidos
llegan a mis oídos?
Varón inconsolable, ¿por qué lloras?
¿Lloras, di, porque el hado,
porque los vientos de contraria suerte
trajeron a la Patria a tal estado?

Pues el hijo amoroso, el hijo fuerte,
que a la madre adorable ve caída,
no con gemido vano
la contemple afrentada y dolorida:
¡tiéndale pronto la robusta mano
y derrámele bálsamo en la herida!

Tú puedes, ciudadano,
prestarle nueva vigorosa vida,
si esas míseras lágrimas que viertes
en gotas de sudor, cual yo, conviertes
por la doliente Patria empobrecida.

¿No la ves otra vez ir resurgiendo
del fondo del abismo,
donde la hundiera el trepidar horrendo,
del fiero cataclismo?
¡Arriba el corazón! ¡Lucha y espera!
Mira cuál su recinto van poblando,
de frontera a frontera,
formidables ejércitos izando
la gloriosa bandera.
Mira cómo a sus mares
las gentes de sus puertos van lanzando,
repletos de pertrechos militares,
monstruos de guerra henchidos
de inúmeros soldados aguerridos,
gigantescos castillos animados,
donde cada guerrero es una roca,
cada mástil cien fuertes almenados,
y el cráter de un volcán cada ancha boca
de sus férreos costados...

Mira qué apresuradas,
qué llenas de vitales energías
las naves de la paz, abarrotadas
de ricas mercancías,
navegan por estelas no borradas.

¿No ves flotar debajo
del ancho cielo puro
de ciudades, de pueblos y de aldeas,
el hálito solemne del trabajo,
que surge denso, nublador y oscuro,
de bosques de gallardas chimeneas?
Escucha el vigoroso
robusto trepidar de los talleres;
mira a Mercurio rico y laborioso
moviendo las ciudades afanoso;
mira en el campo, coronada, a Ceres.

¿No ves cómo la sierra
van los hombres a palmo conquistando?
¿Cómo le van robando
mantas de abrojos, túrdigas de tierra,
y en ella escalonando
por sabias sucesivas regulares
precoces huertecillos siempre frescos,
azules olivares,

fructíferos viñedos pintorescos
y pomposos oscuros castañares?
Mira cómo coronan las alturas
de los antes escuetos horizontes,
grandes masas oscuras
de hoscos, feraces y apretados montes.
Mira cómo aprisionan en sus vías
aquel río que riega
por miles de minúsculas sangrías
lo que era estéril arenosa vega...;
mira cómo descansa
y un momento parece que dormita
delante de la presa en que remansa,
y cómo desde allí se precipita,
moviendo con su fuerza prodigiosa
los miembros de la vida laboriosa,
molinos y lagares,
batanes y telares,
y fábricas de luz maravillosa...;
cuenta, cuenta, si puedes, los millares
de hijos que la enriquecen
del rudo trabajar con las conquistas;
mira cómo la ilustran y embellecen
sus legiones de sabios y de artistas,
y cómo sus valientes capitanes,
émulos de las glorias
de Pelayos, Rodrigos y Guzmanes,
van logrando que en tierras extranjeras,
al vernos bravos sacudir la muerte,
saluden con respeto las banderas
del pueblo del honor, otra vez fuerte.

¿Dices que sueño? ¡Y mientras tenga vida
soñando seguiré mi hermoso empeño!
Pues dí, pobre suicida:
la historia de esta Patria, hoy afligida,
¿No te parece, por sublime, un sueño?
Si no quieres traer a la memoria
las viejas epopeyas de esa historia,
deja que duerman en el tiempo hundidas
el sueño de la gloria;
pero dile a tu padre que te cuente
cosas vistas y oídas
en su plácida edad de adolescente.

¿Tú no sabes que ayer atravesaron
las sagradas fronteras
y el solar del honor locas hollaron
enemigas legiones extranjeras?

¡Oh, qué lucha tan épica! ¡Oh qué brava!
Y el padre de tu padre, ¡qué valiente!,
qué delirante de furor luchaba,
cual todos sus hermanos,
descubierta la frente a los tiranos,
los pechos sin escudos,
sin armas casi en las honradas manos;
¡los leones también luchan desnudos!

Escarba el patrio suelo dondequiera,
y verás que es inmensa tumba fría
de la gente extranjera,
que ciega osara profanarle un día.

¿Y dudas todavía
del honor español? ¡Desventurado!
¿Ignoras que la España que ha llenado
con Sagunto y Numancia
la historia de pretéritas edades,
cuyo recuerdo engríe y alborozó,
es la misma que hoy cuenta con ciudades
que se llaman Gerona y Zaragoza?

¡Zaragoza y Gerona!... ¿No palpita
tu corazón a la esperanza abierto?
Si el frío no te agita
de lo sublime, ¡oh desdichado!, has muerto.

¿Por ventura en la Patria no has nacido
donde siempre luchando se ha vivido
y en el puesto de honor de los deberes
los hombres a cejar no han aprendido,
ni a llorar las mujeres?

¿Y ante tanta patriótica nobleza,
no te sientes de orgullo estremecido,
ni aspiras del martirio a la grandeza?
¿Y al suelo inclinas la cobarde frente?
¿Y aún la duda te mueve la cabeza?
¿Y sigues pusilánime, impotente,
llorando todavía?
¡Tú no eres hijo de la Patria mía!

Los dichos del tío Fabián

Pues, señor, el otro día
vino un tío a visitarme
y sigue con la manía
de venir a marearme.

Con su charla singular
la sangre misma me enciende;
charla y charla sin cesar,
¡pero cualquiera lo entiende!...

Tiene él un prado inmediato
a una linda huerta mía,
y ayer fui a su casa un rato
a ver si me lo vendía.

«Tío Fabián, vamos a ver
-le dije con claridad-:
¿usted me quiere vender
el prado de la hermandad?»

«Si lo vende, hago una puerta
para mi huerta lindante,

mas si usted quiere mi huerta,
yo se la vendo al instante.»

El tío Fabián sonrió,
con aire ufano y sencillo:
después tosió, se rascó
y escupió por el colmillo.

Y echando al fuego unos palos,
me contestó el tío Fabián:
«que los tiempos andan malos...;
que patatín..., que patatán...».

«Deje esa palabrería
y piense bien la cuestión:
¿quiere usted la huerta mía?
La vendo sin dilación.

«Las dos fincas valen poco,
más pudiéndolas juntar,
resulta, o yo me equivoco,
una finca regular.»

Y con palabra calmosa
el tío Fabián se resuelve
a decir: «Que esa es la cosa,
que torna..., que vuelve...»

«Dígame usted sin rodeos
cuáles son sus intenciones
y cuáles son sus deseos,
proyectos y aspiraciones.

«Claridad pretendo yo
y usted en divagar se empeña;
¡pero dígame sí o no
como Cristo nos enseña?»

Y el tío Fabián sin piedad,
de mis casillas me saca
diciendo que es la verdad...,
«que toma..., que daca...»

«¡Ay tío Fabián, concretemos,
y entendámonos, por Dios,
o locos nos volveremos
de esta manera los dos!»

«En forma clara y abierta
la cuestión le he planteado:
o me vende usted el prado
o me compra usted la huerta.»

«Y si nada ha de querer,
dígame sin vacilar
que no quiere usted vender
y no quiere usted comprar.»

Pues tras estos alegatos

diciéndome el hombre sale,
que donde hay hombres, hay tratos...,
«que zumba... que dale».

«Si eso está bien, tío Fabián;
mas es charlar tontamente,
y yo no sé a qué ese afán
de salir por la tangente.

«Yo me traigo mis cuartitos
si es que el prado he de comprar,
y nombrando dos peritos
que lo vayan a tasar.»

Pero el tío Fabián me ataja
diciendo con gran trabajo
que su prado es una alhaja...,
«que arriba... que abajo...».

«Yo pagaré lo que valga
si el prado tan bueno es;
pero, por Dios, no me salga
con otra tecla después.

«Eso del valor del prado
los peritos lo dirán
y es asunto terminado;
¿comprende usted, tío Fabián?»

Y el tío Fabián no comprende
y dice que *velal*...
que la gente así se entiende...
«que por aquí... que por allí...».

«¡Cuidado que es pesadez!
tío Fabián, tengo que irme;
dígame usted de una vez
lo que tenga que decirme.

«Usted está en las Batuecas,
pero a ver si ahora me entiende;
contésteme usted a secas:
¿vende el prado o no lo vende?»

Y contesta el muy pesado
que hogaño ha *criao* en el prado
la miaja *e ganao* y el potro...,
«que por este lado..., que por el otro...»

Pero ¿usted no puede hablar
de forma más apropiada?
¡sí eso es charlar por charlar,
y charlar sin decir nada!...

«No hay más tiempo que perder:
el prado lo compro yo.
¿Me lo quiere usted vender?
¿Qué dice usted: sí o no?»

Y el hombre dice que el prado
se lo compró él a un sobrino...;
que fue medio *regalao*...,
que si fue..., que si vino...»

«Tío Fabián, me voy a ir,
y perdone si le ofendo,
pero no puedo sufrir
esa charla que no entiendo.»

«Quedamos en eso, ¿eh?
¿Me venderá usted el prado?
¿No es eso? ¿Qué dice usted?»
Y al verse el hombre acosado,

me dice con mucha flema
que se lo dirá a la tía...
y que esa es la su sistema...,
«que ya vería..., que ya vería...»

Viejos soles

El sol que nos ilumina ya es muy viejo.
Las primeras auroras
que pintó su purísimo reflejo
fueron del tiempo las primeras horas,
del universo el inicial bosquejo.

En el centro del mundo planetario,
uno en sus leyes y en grandeza vario,
la Eterna Voluntad que lo creara
encendió la del sol rica lumbrera
y le dijo a su fuego que radiara,
y le dijo a su luz que presidiera.

¡Soberano nació! Su vasto imperio
las fronteras hundía
más allá de la ignota lejanía
que toca las riberas del misterio.

El ámbito vacío,
que abismo fuera de negrura y frío,
brillaba, rutilante,
sus senos al sentir de vida llenos,
desde que aquella atravesó sus senos
luz meridiana que vibró radiante.

Mundo sin luz en derredor girando
del mundo de la luz lo circuían,
y en su luz se bañaban, volteando,
y el calor del vivir en él bebían.

Y en esta tierra que ayer llamé gigante,
y hoy un ruin átomo errante,
ayer edén riente,
y hoy pobre cárcel de la humana gente,
también por las de Dios leyes secretas
reducida a perpetua servidumbre,

rodó con el cortejo de planetas
en derredor de la encendida lumbre.

Rey era el sol de inmenso poderío,
y los mundos que pueblan el vacío
le siguieron, humildes servidores...
¿Y quién iba a robarle el señorío
que le diera el Señor de los señores?

¡Humanas criaturas!
Si en el silencio de las noches puras
visteis el cielo atravesar ligeras,
rasgando sus negruras,
y vuestros ojos con su luz cegando,
estrellas de encendidas cabelleras
que torrentes de luz van arrastrando...

Globos incandescentes,
que llevan en sus nimbos y en sus senos
fulgores de relámpagos ardientes
y estrépitos de truenos...

Puntos de luz ignotos
que el cielo rayan con violácea estela
cuando hienden los ámbitos remotos
por donde solo el pensamiento vuela...

Bengalas siderales
que parodian del sol los resplandores,
bellísimas auroras boreales
que los cielos inundan de colores...

¡No os deslumbréis, humanas criaturas!
¡No las estelas persigáis impuras
de fantasmas que pasan velozmente
sin órbitas seguras!...

Que no son ellos pedestal ingente
de los muchos que pueblan las alturas,
que no son ellos de la luz la fuente,
que no son fuego incubador de vida,
ni naves son con salvador oriente
y hospitalaria playa conocida...

¡Son efímeros mundos sin cimiento,
fuegos fatuos que abrasan,
fulgores que deslumbran un momento,
visiones brillantísimas que pasan!...

El rey del firmamento,
el que perenne en los espacios arde,
es aquel que esta tarde,
tras una apoteosis de oro y grana,
se fue por el Poniente...
¡El mismo que mañana
veréis venir por el dorado Oriente!...

Nuestro sol del saber también es viejo.
Dios lo puso en el cielo de la vida,

y alumbró su vivísimo reflejo
la del saber región oscurecida.

Su luz bañó la hondura
de los grandes abismos de la ciencia,
y supimos, Señor, a cuánta altura
deja volar la rica inteligencia,
de una por ti vidente criatura.

Del mundo del saber las secundarias
brillantes luminarias
por él fecundas y brillantes fueron,
que todas en su torno se agruparon
y fecundo calor en él tomaron
y luz radiante de su luz bebieron.
Iluminado por aquella hoguera,
el cielo del saber ¡qué bello era!

Grande y majestuoso,
giraba en concertado movimiento
en derredor del foco luminoso,
que subía, subía...

Y en alas de la gran sabiduría
lo llevaba orientado hacia el tesoro
por órbitas de luz, del bien emblema,
para ponerlo ante las puertas de oro
de la Verdad Suprema...

¡Humanas criaturas!
Si en las noches del mundo, tan oscuras,
vierais errar veloces y encendidas,
sin órbitas seguras,
locas inteligencias atrevidas,
exhalaciones de la luz impuras
que el cielo del saber cruzan perdidas,
¡no os deslumbréis ante esas luminarias
dislocadas, efímeras, precarias...;
no admiréis la mentira sorprendente
de sus pobres grandezas ilusorias,
ni sigáis con la mente
sus excéntricas locas trayectorias!...

Son vagos desvaríos,
visiones que en el tiempo se disuelven,
miseros extravíos,
fuegos que pasan y a lucir no vuelven...

El magnífico, el sólido, el ingente
sol de sabiduría,
cuya luz, cuyo fuego incandescente
ni el mal enturbiará ni el tiempo enfría...

La cúspide, la fábrica, el asiento
del mundo del humano pensamiento,
el de la ciencia faro peregrino,
el astro diamantino
que rueda con solemne movimiento
en derechura al eternal destino,

es el mismo de ayer. ¡Tomás de Aquino!

Cita

¿Dónde a rodar nos llevará mañana
esta fuerza invisible del destino
que en el desierto de la vida humana
señalándonos va nuestro camino?

¿Dónde estará esperándome el pedazo
de tierra, para mí desconocida,
donde termine el misterioso plazo
que haya Dios puesto en mi tranquila vida?

¿Dónde el lugar incógnito y sombrío,
triste rincón que para mí será
lecho de muerte, solitario y frío,
donde mi cuerpo a descansar irá?

¿Quién podrá asegurarnos que mañana
no puede separarnos el destino,
con esa misma fuerza sobrehumana
con que ayer nos lanzó por un camino?

Para ese triste e inesperado día
dejo escrita esta página sincera
que un capricho tal vez del alma mía
para ti me mandó que la escribiera.

En sentido y cariñoso aviso,
una cita ideal que darte intento,
un capricho pueril que de improviso
me ha venido a asaltar el pensamiento.

¿Por qué negarlo si lo estoy sintiendo?
¿Por qué ocultarlo si al hablarte así
alguien parece que me está diciendo
que tú también te olvidarás de mí?

Bien sé yo que en el mundo donde vivo
se ríen de estas íntimas ternuras,
que el instinto grosero y positivo
seguramente llamará locuras.

¿Qué grandezas va a haber, ni qué ideales
en un mundo grosero y sin decoro,
hambriento de apetitos materiales
y sediento de goces y de oro?

¿Quién va a hablar de sus íntimos pensares
en este mundo escéptico y grosero,
que hasta a Dios arrojó de los altares
para poner en ellos el dinero?

¡El oro es el que reina, sólo el oro!
El amor, la virtud más noble y alta,
la amistad, el honor, la fe, el decoro,
¿valen dinero? No. ¡Pues no hacen falta!

Por dondequiera que se mire el mundo,
¡el mismo tono gris, triste y sombrío!
¡El mismo aspecto de desdén profundo!
¡El mismo ambiente de egoísmo frío!...

En esta sociedad frívola y necia,
es un hombre ridículo y extraño
el que ve el interés y lo desprecia
cuando viene de manos del engaño.

¿Quién que un soplo de fe tenga en el alma
y un resto de pudor en la conciencia
puede ir viviendo con serena calma
entre esta criminal indiferencia?

¡Yo vivo solo! Y aunque el alma siento
que se asfixia en el aire que respiras,
aparento vivir en mi elemento
en medio de esta universal mentira.

Por ese mar de corazones fríos
voy bogando con fe y sin desalientos,
entregado al cariño de los míos
y embargado en mis propios pensamientos.

Perdóname si distraídamente
dejé correr la pluma demasiado.
¡Ha sido un desahogo conveniente
de que muy raras veces he gozado!

¿Verdad que siempre, cuando tú seas hombre
aunque te veas de mi lado lejos,
te acordarás siquiera de mi nombre,
que escrito dejo aquí con mis consejos?

¡Dios te lo premiará si así lo hicieras,
y yo jamás tu nombre borraré
de la lista querida de los seres
que más he amado, y amo, y amaré.

La mujer

Cuando pueda arrancar de los infiernos
legiones de cariátides humanas;
cuando pueda traer de los edenes
almas de luz con luz apacentadas;
cuando sepa sondear el de los réprobos
infame corazón, lleno de llagas;
cuando sepa sentir el de los ángeles
sentir divino de purezas diáfanas...

Cuando aprenda un idioma no creado
para la grey humana,
que tiene, para hablar, artificiosos
idiomas de paupérrimas palabras,
y no percibe músicas mejores
que el resbalar de las corrientes aguas,

el rebullir de mañaneras brisas,
el arrullar de las palomas candidas,
y el dulce son de los canoros pájaros,
y el hojear de la alameda gárrula,
ni músicas más hórridas describe
que el fiero aullido de la loba escuálida,
la carcajada del siniestro cárabo,
los alaridos de la hiena flaca,
el silbo horrible de falaz serpiente
y el grito ronco de feroz borrasca...

Cuando aprenda a vibrar todos los rayos
de la tremenda maldición que mata
los gérmenes maléficos
que anidan en las llagas,
y a dar aprenda en bendiciones puras
del alto Edén anticipadas ráfagas,
¡entonces te diré, curioso amigo,
lo que son las mujeres!...

¡Qué!... ¿Te extrañas?
Decir que son demonios,
que son flores con alma,
que son blancos arcángeles...
me parece decir cosas muy pálidas.
Y si en decires del humano idioma
yo pretendiera bosquejar sus almas,
tal voz oyeras con atento oído
rumor de abismos y batir de alas;
pero la vida de los dos es corta
para que yo, con ruidos de palabras,
cantar pudiese el colosal poema,
maridaje de luz y sombras trágicas,
y tú sentirlo en sus negruras hondas,
y tú sentirlo en sus altezas diáfanas.

Mientras aprendo a contestar, ¡oh amigo!,
tu pregunta abismática,
sigue a la letra mi consejo sano,
regla prudente de conducta sabia;
golpear en la puerta del misterio
es brega estéril de curiosas almas;
cierra los ojos para ver más claro,
vuela y no escarbes, sintetiza y ama,
y canta a la mujer cuando la veas
en el trono de reina de su casa,
o ante la cuna acariciando al hijo,
o ante el sepulcro derramando lágrimas,
o en las sombras de un claustro recluida,
o esperando al esposo desvelada,
o en el templo cantándole a la Virgen
dudas, temores, inquietudes, ansias...

¡Cántala dondequiera que la veas,
ángel o mártir, heroína o santa!
Y si tienes un día
la pena de encontrarla
caída en los infames pudrideros
donde a los suyos el infierno enfanga,

y no puedes hacer el bien supremo
de redimir un alma...
en vez de una canción fustigadora,
dedícale en silencio un plegaria...

Mejor que ver la llaga al microscopio
es cubrirla de bálsamo y curarla.

La fuente vaquera (Balada)

Lejos, bastante lejos,
del pueblo mío,
encerrado en un monte
triste y sombrío,
hay un valle tan lindo
que no hay quien halle
un valle tan ameno
como aquel valle.

Entre sus arboledas,
por la espesura
solitaria y tranquila,
corre y murmura
una fuente tranquilina
y bullanguera,
a que dieron por nombre
Fuente Vaquera.

Está tan escondida
bajo el follaje,
guarda tanto sus aguas
entre el ramaje,
que cuando por el valle
va murmurando
toda clase de hierbas
va salpicando.

Unas veces sonrío
dulce y sonora,
y otras veces parece
que gime y llora,
y siempre de sus aguas
el dulce juego
arrullando, produce
grato sosiego.

Allí pasan las horas
en dulce calma,
allí meditar puede
tranquila el alma,
y todo son consuelos
para el que llora
al pie de aquella fuente
fresca y sonora.

¡Todo es allí sosiego,
calma, tristeza!

Las auras, que suspiran
en la maleza...
Los pájaros, que cantan
en la espesura...
El agua, que en el valle
corre y murmura...

Los arrullos del viento,
gratos y mansos...
Los juncos que vegetan,
en los remansos...
Los claros resplandores
del sol naciente,
que asoma entre vapores
por el Oriente...
Las tórtolas que arrullan
con armonía,
convidando a una dulce
melancolía...

¡Todo, en fin, allí aleja
presentimientos,
trayendo a la memoria
mil pensamientos,
y adormeciendo el alma
con impresiones
que convidan a dulces
meditaciones!...

Tal es Fuente Vaquera,
la hermosa fuente
que murmura en el valle
tan sonriente,
que en su margen tranquila
cantan amores
tórtolas, colorines
y ruiseñores.

Una hermosa mañana
de junio ardiente
salió el sol como nunca
de refulgente,
y pájaros y flores
con alegría
la bienvenida daban
al nuevo día.

Elevábase el astro
con gran sosiego,
esparciendo sus rayos
de luz de fuego
sobre el fresco rocío
de la mañana,
que formaba en los valles
mantos de grana.

Sacuden las ovejas
sus cencerrillos,
y en el prado retozan

los corderillos,
que del rústico valle
sobre la hierba
forman jugueteando
linda caterva.

Al cielo sube el humo
de los hogares,
los gallos ya despiertan
con sus cantares,
y sacude la hermosa
Naturaleza
el tranquilo letargo
de su pereza.

Dejé el mullido lecho
con alegría,
cuando apenas rayaba
la luz del día;
carguéme diligente
con la escopeta,
y como siempre ha sido
medio poeta,

al nacer del gran Febo
la luz primera,
ya estaba yo en la hermosa
Fuente Vaquera...
Fuente en cuyas orillas
cantan amores
tórtolas, colorines
y ruiseñores.

Ocultéme en la margen
con el follaje,
y viendo las delicias
de aquel paisaje,
esperé silencioso
bajo la fronda,
viendo correr las aguas
onda tras onda...

Siguió el sol elevándose
resplandeciente,
y era ya tan molesta
su luz ardiente,
que, a medida que el astro
más se elevaba,
todo se iba durmiendo,
todo callaba.

Se inclinan en su tallo
todas las flores,
rendidas por los rayos
abrasadores,
y las aves se esconden
en las encinas
que a la tranquila fuente
crecen vecinas.

Sólo se escucha a veces,
del fresco viento,
las ráfagas que lanza,
sonoro y lento...
El agua, que su curso
nunca suspende...
El rumor de una hoja...
que se desprende...

El píar apagado
de alguna alondra,
que entre las verdes matas
busca una sombra...,
y los ecos lejanos
de los zumbidos
de insectos, que en los aires
vagan perdidos...

Lejos de la apacible
Fuente Vaquera,
que corre por el valle
tan placentera,
existe un solitario
y oscuro monte,
que encierra los confines
del horizonte.

Al compás de las auras,
lenta se inclina
altiva, corpulenta
y añosa encina,
y entre sus verdes ramas
aprimado
tiene una tortolilla
su nido amado.

En él está arrullando,
dulce y sonora,
a los amantes hijos
a quien adora,
gozando en su coloquio
de las delicias
que sus hijos le endulzan
con sus caricias.

El calor la atormenta,
la sed la abrasa,
y dejando con pena
su pobre casa,
les dio con un arrullo
la despedida
a los hijos queridos
que eran su vida;

batió sus puras alas
tendió su vuelo
cruzó por los espacios
del ancho cielo,

y pensando en sus hijos,
se fue ligera
a beber a la clara
Fuente Vaquera.

¡Ay! ¡Dónde irá esa madre
tierna y sencilla!...
¡Dónde irá tan ligera
la tortolilla,
mirando a todas partes,
amedrentada,
al verse sola y lejos
de su morada!...

¿Por qué deja sus hijos
abandonados,
y ella, cruzando espacios
tan dilatados,
va surcando los aires
rápidamente
a beber en las aguas
de aquella fuente?...

¡Pobre madre, si, ansiosa,
vuelve a su nido
y sus amantes hijos
ya se han perdido!...
¡Pobres hijos, si, a causa
de abandonarlos,
no volviera su madre
nunca a arrullarlos!...

Por el verde follaje
casi cubierto,
yo, casi más que un vivo,
parezco un muerto,
y mudo y silencioso
presto mi oído
al eco que produce
cualquiera ruido.

Al columpiar las hojas
el viento blando,
pájaros me parecen
que van volando,
y con mi diestra mano
nerviosa, inquieta,
alzo la curva llave
de la escopeta.

Sobre la verde copa
de vieja encina,
que cubre aquella fuente
tan cristalina,
una tórtola hermosa
paró su vuelo,
mirando la corriente
del arroyuelo.

Lanza su blando pecho
tiernos arrullos,
que no imita la fuente
con sus murmullos,
y a los lados humilde
mira asustada,
débil, inquieta, esquivada
y amedrentada.

Tendió después su vuelo
pausadamente,
y al llegar a la orilla
de la corriente,
sobre la verde alfombra
lenta se posa,
débil y acobardada,
triste y medrosa.

Dirige luego el paso
tímidamente
hasta tocar la margen
de la corriente,
donde, el agua fingiendo
cuadros de plata,
le recoge su imagen
y la retrata.

Yo, silencioso, en tanto
que la espía,
mi artística escopeta
ya preparaba,
y ocasión esperando,
cual diestro espía,
afiné cuanto quise
la puntería.

Disparé... ¡Sonó el tiro
ronco, tremendo!...
El arroyuelo manso
siguió corriendo.

El viento entre las hojas
siguió sonando
con un eco apacible,
sonoro y blando...
¡Y vi la tortolilla,
que ya sufría
las tristes convulsiones
de la agonía!...

Cogí tan apreciado
tierno despojo;
su hermoso pecho estaba
de sangre rojo,
rojas las aguas puras
del arroyuelo,
que corrían llorando
con triste duelo,
y mis ardientes manos
también manchadas
de sangre, enrojecidas

y salpicadas.

Con ellas oprimía
su pecho blando:
sus latidos se iban
amortiguando,
y cerraba sus ojos
pausadamente,
su cabeza inclinando
lánguidamente...

Yo vi en sus turbios ojos
el sentimiento
y las fieras angustias
de su tormento,
porque del nido lejos
agonizaba
y a sus pobres hijuelos
solos dejaba.

Conocí en sus miradas
bien claramente
esa inquieta agonía
del inocente,
que sufre los rigores
de su destino
muriendo por las manos
de un asesino.

Aquella pobre madre
casi expirante
era la madre tierna,
la madre amante,
que a sus hijos no pudo
darles en vida
una lágrima dulce
de despedida.

Y aquella tierna madre,
cuando sufría
la convulsión postrera
de la agonía,
me dijo con sus ojos
casi nublados
que dejaba dos hijos
abandonados.

Yo comprendí lo injusto
de aquella muerte;
mas la víctima estaba
fría e inerte...
y una lágrima amarga
por mi mejilla
rodó, cuando vi muerta
la tortolilla.

Desde entonces no quiero
que un inocente
de alguna injusta muerte

se me lamente,
y diga con sus ojos
casi nublados
que deja sus hijuelos
abandonados.

Y en vez de estar cazando
la tarde entera
junto a la cristalina
Fuente Vaquera,
voy a ver cómo en ella
cantan amores
tórtolas, colorines
y ruiseñores,
y cómo de aquel monte
sobre las lomas
arrullan solitarias
blancas palomas.

San Saturnino, julio de 1889

Las hazañas de «coral»

(A mi compañero de caza don J. de la F. A.)

Con la canana llena
de municiones,
y el morral atestado
de provisiones,
la escopeta brillante
como unas ascuas,
el Coral tan alegre
como unas Pascuas,
la petaca bien llena
de cigarrillos
y las manos metidas
en los bolsillos,
salíme ayer al coto
muy de mañana,
dispuesto a no dejarme
tórtola sana,
ni perdiz, ni conejo
que no matase,
ni codorniz, ni liebre
que lo contase.

¡Qué mañanita hacía
tan deliciosa!
¡Qué brisa la del monte
tan olorosa!
¡Qué aurora tan radiante!,
¡qué algarabía
de pájaros cantores
la que se oía!
Henchía los pulmones
un airecillo
con aromas de espliegos
y de tomillo;

flotaban las neblinas
en la hondonada,
bramaban los becerros
en la majada,
las alondras corrían
por los caminos,
las urracas chillaban
en los espinos,
silbaban los vaqueros,
cantaba el cuco
y graznaba el imbécil
abejaruco.

Al salir el sol claro
del nuevo día,
todo resucitaba,
todo reía.

Esponjaban sus plumas
las tortolillas,
desplegaban el moño
las abubillas,
saltaban los pardillos
junto a la fuente,
se bañaban los tordos
en la corriente,
dormitaba el milano
sobre el peñasco,
el lagarto bullía
bajo el carrasco,
y metiendo el piquito
bajo las alas,
se espulgaban las firras
y las zorzalas.

¡Vaya una mañanita
la tal mañana!

¡Vaya un olor a heno
y a mejorana!

Mi perro retozaba
como un ternero.

¡Es el perro más bruto
del mundo entero!

«Vamos, Coral -le dije-,
basta de bromas
y echemos una mano
por estas lomas.

Si tienes buenos vientos
y me obedeces
yo te he de dar el premio
que te mereces;

pero si eres muy loco,
si eres muy malo,
te daré pocos mimos
y mucho palo.

Cuando caiga una pieza,
vas a buscarla,
y la traes en la boca
sin destrozarla.

No hagas barbaridades
sin ton ni fruto,

mira que tienes pinta
de ser muy bruto,
y si me armas alguna
por ser violento,
te pego una paliza
que te reviento.»
El perro me miraba
como un idiota,
sin menear siquiera
la cabezota;
yo seguí mis sermones,
mas de repente
levantó una pataza
tranquilamente,
y ante mis propias barbas
hizo una cosa
poco limpia y muy poco
respetuosa.
Al empezar la mano,
junto al camino,
vi posada una alondra
sobre un espino;
la tiré; cayó muerta
y a escape el perro
la apresó en sus enormes
dientes de hierro.
¡No le duró en la boca
medio minuto!
¡Yo no he visto en mi vida
perro más bruto!
Se tragó el pajarillo
más fácilmente
que se traga una píldora
Pé de la Fuente.
Y mientras yo, furioso,
le reprendía,
me miraba el imbécil
y se lamía.
«¡Tragaldabas, idiota,
-le dije al punto-:
si la hazaña repites,
te descoyunto!
¡Si vuelves a las mismas
hoy mismo mueres!
¡Tragaldabas, idiota!
¡Qué bruto eres!»

En el mismo momento
de estar hablando
una tórtola cerca
pasó volando.
La tiré como quise,
rompí un ala
y cayó redondita
como una bala.
Lanzóse encima el perro
medio aturdido,
le llamé quince veces
a grito herido

y no le dio la gana
de respetarme,
ni de dejar la tórtola,
ni de escucharme.
Cuando yo fui corriendo
donde él estaba,
de la tórtola herida
sólo quedaba
una pluma de un ala,
la cabecita,
y dos o tres dedillos
de una patita.
Y el bárbaro del perro
vuelta a mirarme,
y hasta alzó las manazas
para halagarme.
Quise ahogarle allí mismo,
mas tuve calma
y le dije muy serio:
«Coral del alma,
como eres tan brutazo,
tú habrás creído
que has hecho ya dos gracias;
¡pues no, querido!
Has hecho dos gansadas
de las peores
que pueden hacer perros
de cazadores.
¡U obedeces a ciegas
si yo te miro,
o antes de diez minutos
te pego un tiro!»

Y seguimos cazando
tranquilamente
por la falda suave
de la pendiente.
De pronto, salen juntas
cuatro perdices,
que a poco no se posan
en mis narices;
apunté a la primera,
llamé la llave
y cayó como un trapo
la pobre ave.
El Coral, más ligero
que una centella,
de cuatro o cinco saltos
se echó sobre ella.
Yo ya no me entretuve
con más llamadas
y llegué donde el perro
de tres zancadas.
¡Yo no he visto en mi vida
perro más bruto!
Si llego a entretenerme
medio minuto,
no tengo ni el consuelo
de ver la huella

del cuerpo de la hermosa
perdiz aquella.
¡Gracias a que el muy bruto
se la quería
tragar de un par de golpes
y no podía!
Lo cogí, lleno de ira,
de una orejaza,
le metí la escopeta
por la bocaza,
y así pude arrancarle
de los dientazos
la perdiz destrozada
casi en pedazos.
Pareciéndome aquello
castigo chico,
le pegué diez cachetes
en el hocico,
le puse a las narices
la perdiz muerta
y le dije indignado:
«¡Boca de espuerta!
El buen perro no come
pieza que cobra.
Di: ¿no tienes en casa
pan que te sobra?

Traga-buches, infame,
mal educado,
¿sabes que mis sermones
te han reformado?
No te mato ahora mismo
de un estacazo
porque soy menos bruto
que tú, brutazo;
mas como mi consejo
no te aproveche,
yo le diré al tío Pincos
que te escabeche.
Si vivir siempre a gusto
conmigo quieres,
medita, Coralito,
lo bruto que eres,
y si es que tu torpeza
no tiene cura
le encargaré al tío Pincos
la sepultura.
Vámonos hoy a casa.
Yo te perdono
y no quiero guardarte
rencor ni encono.
Solamente hoy te impongo
como castigo,
contarle tus hazañas
a un buen amigo
que también tiene un perro
tocayo tuyo,
solo que tú no llegas
a donde el suyo.

¿Quieres saber la causa?
Pues te la digo:
¡Es... que tú eres más bruto
que el de mi amigo!»

Mal educado estaba el gran Coral,
pero ya no está mal; está muy mal.
Ya no come las piezas que levanta,
pero hace algo peor: me las espanta.
¡A este perro cerril no hay quien lo dome!
La caza que le mates, se la come,
y si piezas de caza no le matas,
se dedica a cazar grillos y ratas.

Por ver si muda de conducta y traza
llevélo ayer a Peñalniño a caza.
Peñalniño es un cerro alto, gigante,
al cerro de la Cruz muy semejante:
pero está más tendido, es más bajito,
más abundante en caza y más bonito.
¡Hasta estos pedacitos de la sierra
son aquí más bonitos que en tu tierra!

Pues, como iba diciendo, fuime al cerro
y me llevé los galgos con el perro
a ver si este gandul se enmienda algo
yendo a mi lado y entre galgo y galgo.
¡Como no lo reviente o lo deslome,
a este perro cerril no hay quien lo dome!
¡Y menos mal que ha demostrado, al menos,
que tiene vientos, pero vientos buenos!
Mas es un bruto que, en oliendo caza,
pierde el juicio, el respeto y la cachaza.

Cuando entramos ayer en cazadero,
cazaba con tal calma y tal salero
que me obligó a pensar subiendo al cerro:
¿Si habré sido yo ingrato con el perro?
¿Si al juzgarle me habré yo equivocado
y le habré injustamente calumniado?
Ese modo de andar, esa cachaza,
esas posturas de excelente traza,
esa dilatación de las narices
que acaso ya ventean las perdices,
ese cuello tendido hacia adelante,
esa mirada vaga, chispeante,
y ese modo de alzar su gran cabeza
buscando el viento de la oculta pieza,
son indicios, al menos, de que el perro
sabe que está cazando en este cerro.

Si echa una pieza y se la tiro, y cae,
y sabe obedecerme, y me la trae,
-¡me acabé de lucir, Coral querido!
tendré que confesar que te he ofendido
y que tienes un amo muy ligero,
calumniador, injusto y embustero.

Así iba yo pensando tristemente

cuando el perro se para y, de repente,
cerro arriba arrancó como un venablo,
¡como alma de ladrón que lleva el diablo!
¿Serán conejos o serán perdices
lo que van venteando sus narices?
-¡Coralito -le dije-, espera un poco!
¡Espérame, Coral, y no seas loco!
¡¡Ven aquí, Coralón, no me impacientes!!
¡¡Coralazo, gandul, así revientes!!
Y gritando y corriendo tras el perro,
por la cuesta más áspera del cerro
se me fueron los pies por un peñasco,
y de cara caí sobre un carrasco.
Sin respirar me levanté ligero,
recogí la escopeta y el sombrero
y rascándome un poco las narices,
de nuevo eché a correr tras las perdices.
¡Todo fue inútil! El gandul del perro,
las echó hacia la cúspide del cerro,
y viéndolas volar quedé parado
con la boca entreabierta y atontado.
Además de quedarme sin perdices,
pude también quedarme sin narices.
Se redujo la cosa a un arañazo,
un pequeño chichón y un buen zarpazo;
pero, aun librando bien, aquel que quiera
saber lo que es caer de esa manera,
¡que se deje rodar por un peñasco
y se caiga de cara en un carrasco!

El perro regresó triste y arisco
y sentóse a la sombra de un torvisco;
yo no quise ni hablarle de perdices,
ni siquiera enseñarle mis narices,
¡Al que no se hace bueno con sermones,
se le obliga a ser bueno a pescozones!
Le di media docena de primera,
mimé a los galgos para que él lo viera,
fumé un cigarrillo, descansé un poquito
¡y adelante otra vez, que es tardecito!

Del prado Verdinal, junto a la esquina,
en una carrasquera chiquitina,
de nuevo el perro se quedó parado
y púseme en seguida yo a su lado,
dispuesto a fusilar lo que saliera
de aquella miserable carrasquera.
Yo, por más que miré nada veía,
pero el perro la muestra no rompía;
y ante fijeza tal y tal postura,
me dije para mí: ¡liebre segura!
-¡Entra, Coral! -le dije al verle inerte.
-¡Entra, Coral! -le repetí más fuerte.
-¡Entra, Coral! -grité por vez tercera;
y el perro se lanzó a la carrasquera.

¡Oh vergüenza! ¡Oh dolor! ¡Oh triste chasco!
En lugar de salir de entre el carrasco
una liebre a saltar de mata en mata,

salió un lagarto de cabeza chata,
lomo verdoso, vivarachos ojos
y blanca panza con puntitos rojos.
Lo mismo que un ratón que ha visto al gato,
salió azarado el bicharraco chato,
y el perro se lanzó tras él más listo
que el gato hambriento que al ratón ha visto.
A cambio de un mordisco en una mano,
dióle el perro un zarpazo soberano,
echóle el diente y el reptil arisco
le atizó en el hocico el gran mordisco.
Debió ser un mordisco sandunguero
porque el perro gruñó muy lastimero,
flojó los dientes, escurrióse el bicho
y cojo y todo se metió en su nicho.

A casita, Coral, que el sol se pone
y es posible que el morro se te encone.
Te doy mi enhorabuena más cumplida
por la dulce caricia recibida,
y me alegra en el alma, buen amigo,
de ver, tras tu pecado, tu castigo.
¿Confunden todavía tus narices
los lagartos con liebres y perdices?

Pues aprende, gandul, que esa es tu ciencia;
aprende a distinguir; y en penitencia,
mientras los dientes del lagarto alabo,
¡te rascas el hocico con el rabo!

A la muerte de mi hurón (Elegía improvisada..., y así saldrá ella)

(A mi muy querido amigo Ignacio Toledano,
compañero de excursiones «Ciquielunas».)

Lágrimas tristes que corréis a ríos
por estos ojos míos
que son testigo de mi infausta suerte,
¡corred hasta el sepulcro abandonado
del amigo adorado
que sin piedad me arrebató la muerte!

¡Depositad sobre su tumba fría
la fúnebre elegía
que le dedica un corazón sensible!
¡Verted por él inconsolable llanto,
y que este humilde canto
le sirva de corona inmarcesible!

¡Pobre Ciquiel!, de tu olvidada fosa,
yo grabaré en la losa
un cantar que dirá de esta manera:
«Aquí yace un hurón noble y honrado,
que era el Sultán llamado
por los conejos de la sierra entera.

Músico, pobre, gárrulo y sencillo,

mi pobre Ciquielillo
tocaba el cascabel con cierto arte;
mas le hicieron dejar el instrumento,
y a lo mejor del cuento
se nos fue con la música a otra parte.

De mi pueblo en la sierra solitaria,
en vez de una plegaria,
resuenan mil canciones a lo lejos,
y es porque, del vivir en el encierro,
te cantan el entierro,
con cruel regocijo los conejos.

En su morada subterránea y fría
celebran una orgía
en honor de tu muerte, Ciquielillo.
¡Ay de todos si tú resucitaras
y el cascabel sonaras
de repente a la puerta del pasillo!

¿Oyes qué ruido en el vivar retumba?
¡Álzate de esa tumba
porque están de tu honor haciendo trizas!
Preséntate en la sala de sesiones
y empieza a pescozones
porque están injuriando tus cenizas.»

En más de cuatro vivares,
cuando tu muerte supieron,
los conejos se reunieron
en conclave fraternal,
para celebrar la muerte
de aquel que cuando vivía
clavaba... donde podía
sus colmillos de chacal.

De un vivar sobre la puerta,
cuando tu muerte supieron,
con las uñas escribieron
este infamante cartel:
«Durante dos o tres meses
en todos estos bibales
se cantarán funerales
por el tísico Ciquiel.»

En otro vivar del monte
celebraron una orgía,
y al rayar la luz del día
se reunieron en sesión;
y unánimes acordaron
salir de su oscuro encierro
para cantarte el entierro
en solemne procesión.

¡Qué canallas! ¡Qué guasones!
Todos ser curas querían
y méritos aducían,
de su pretensión en pro:
-¡Yo he escapado cuatro veces!

-Pues de poco usted se queja:
¡A mí me rasgó una oreja!
-Y a mí también me atentó.

-¿Qué vale eso que tú dices?
Yo, al salir por el pasillo,
me lo encontré de narices
y nos liamos los dos;
y, si me descuido un poco
y no encuentro a la carrera
la puerta de la escalera,
¡me divierto, como hay Dios!

-¿Y yo, que estaba en el patio
arrancando una retama?...

-¿Y yo, que estaba en la cama
cuando en casa se coló?...

-Pues eso no es nada, hermanos.
¡Yo tengo un ojo vacío
y tengo un labio *partío*
de dos besos que me dió!

En fin, allí se increparon
en forma insolente y dura,
y al cabo el cargo de cura
se sometió a votación;
votaron alborotados,
y aquel del ojo vacío,
aquel del labio *partío*
fue cura en la procesión.

¡Pobre Ciquiel! ¡Si supieras
cuánto de ti se rieron!
Todos del vivar salieron
ansiosos de retozar;
y al brillar del alba pura
los resplandores rosados,
ya estaban todos formados
a la puerta del vivar.

Todos en los pies traseros
encabritados andaban,
y con las manos llevaban
insignias de procesión.
Uno con la manga fúnebre,
que era un trozo de retama,
y otro con una gran rama
de tomillo por pendón.

De una agalla perforada
hicieron un calderete,
y un conejillo vejete
¡qué disparate hizo en él!
Y dos muy tiesos llevaban,
en los hombros sostenido,
un palo seco y tendido
que simulaba Ciquiel.

El cura, aquel cura tuerto

que era más feo que Tito,
sólo llevaba un palito
que en hisopo convirtió;
y el libro de los latines,
que llevaba un monaguillo
era un forro de un librillo
que algún cazador perdió.

En dos hileras muy largas
se fueron acomodando
y el gori-gori cantando,
tendióse el cortejo aquel
hacia un barranco relleno
de estiércol amontonado...
¡Era el sitio destinado
para enterrarte, Ciquiel!

Dos conejos con las uñas
abrieron tu sepultura
en el montón de basura,
chirriando de dolor;
mas luego que estuvo abierta
y en ella tu efigie echaron,
como locos empezaron
a bailar alrededor.

¡Qué escándalo!, el cura tuerto
te dio tales hisopazos,
que sobre ti en dos pedazos
roto el hisopo quedó;
y aquel que llevaba... aquello
metido en la caldereta,
hizo al aire una pirueta
y encima de ti lo echó.

El monaguillo del libro,
que era el de la oreja rota,
hasta hizo horrible chacota
de los latines también;
pues cantaba dando saltos:
«¡Non haberis mas mordiscum!
¡Ciquielibus moriuni tisiqum!
¡Requiescant in pace, amén!»

Cansado por fin el cura
de aquella danza maldita,
con alegría inaudita
tierra al palitroque echó;
holló y echó más de nuevo,
para hacer mayor la carga,
y con la uña más larga
este epitafio escribió:

«Aquí yacen los restos asquerosos
del tísico Ciquiel.
Por mí, que se lo lleven los demonios,
si es que pueden con él.
Murió este bicho repugnante y feo
de tisis pulmonar;

si lo hubieran ahogado al nacedero,
no hubiesen hecho mal.
De dos mordiscos me rasgó este labio
y un ojo me sacó:
¡que muerdan los gusanos en los ojos
del que tanto mordió!

«¡Que se lo lleven todos los demonios
que viven con Luzbel!,
y que no quede casta en esta tierra
del tísico Ciquiel!
¡Y caiga un rayo en el sepulcro negro
de este ladrón sin par,
no haga el diablo que un día este asesino
vuelva a resucitar!»

Mañanas y tardes (Sueños)

¡Gloria al Señor que puso
mi pobre cuna
donde hay estas estrellas,
y hay esta luna,
y hay estas flores,
y hay estas dulces auras,
y hay estas noches!
(Antonio de Trueba)

I

La tarde está serena, la calma es tanta,
que ni llora el arroyo, ni el ave canta;
la ráfaga de viento, que a veces pasa,
llanuras y sembrados, todo lo abrasa.

El astro bochornoso que reverbera
convierte las llanuras en una hoguera;
crujen unas con otras las cañas huecas;
las doradas espigas estallan secas,
y en el fondo pardusco de la barranca,
el agua del arroyo su curso estanca.

Tan pesada es la calma, tal el bochorno,
que la abrasada tierra parece un horno.

Las alondras reposan en sus solaces,
las codornices duermen bajo sus haces,
los lagartos, que salen de su agujero,
cruzan algunas veces por el sendero;

la perdiz a sus hijos, cauta, reclama
bajo la tibia sombra de la retama,
y uniendo sus cabezas abochornadas
dormitan las ovejas en las cañadas.

Llega el sol a la cumbre de su apogeo;
duermen algunos bueyes en el rodeo,
y otros van a la oscura charca verdosa
para ahuyentar la mosca que los acosa.

Trabajan en las eras lentas las reses,
en derredor girando sobre las mieses;
bajo el trillo, que arrastran con lento empuje,
la seca paja estalla, se rompe y cruje;
el ruido de la marcha casi ensordece,
el choque de las mieses casi adormece.

Al son con que el cambizo lento rechina
responde el de la parva que está vecina;
desparrama el labriego los secos haces,
y en el trillo se duermen ya los rapaces.

El perro perezoso se entrega al sueño
a la sombra del viejo carro del dueño,
y sacude la mosca que le molesta
turbando impertinente su dulce siesta.

Forma el trigo tendido redondas fajas
y cantan las chicharras entre las pajas.
Los pájaros se ahogan en el espacio
y hacen de las encinas fresco palacio;
ni canta la culebra, ni rana alguna
asoma la cabeza por la laguna;
en su casa escondidos callan los grillos,
y quedan en los prados secos tronquillos
del pasto saludable, fresco y lozano
que con rudos calores quemó el verano.

De la Peña del Niño por las laderas
quedan piedras, tomillos y carrasqueras.

Por evitar de Febo la ardiente lumbre,
las perdices se suben hacia la cumbre,
y armado de escopeta recorre el cerro
el cazador constante detrás del perro.

De las húmedas piedras por las rendijas
se ven salir a veces las lagartijas;
el sol despide fuego, fuego la tierra
fuego los pedregales de aquella sierra.

Sólo se ven en torno zarzas y espinos;
no transita un viviente por los caminos.

El viento con sus ráfagas lleva ligero
una nube de polvo por el sendero.

Siegan, unos tras otros los segadores
del sol bajo los rayos abrasadores;
entre espigas y cardos van encorvados,
bajo tantos calores casi agobiados,
y el dueño los vigila bajo una encina
que al árido sembrado crece vecina.

El caballo corriendo por el atajo,
va a humedecer su boca con el regajo;
el carro con las mieses lento camina
y al lento balanceo cruje y rechina,

y el buey, uncido al yugo, la cola enrosca
ahuyentando indefenso la inquieta mosca.

¡Largas tardes de agosto!... ¡Tardes de calma!...
¡en vuestras largas horas se duerme el alma!...

Si quisierais tristezas y soledades,
buscadlas en los tristes campos de Frades.

No busquéis en él nunca tiernos planteles
ni busquéis en sus campos lindos vergeles;
no busquéis en sus lomas los olivares;
buscad en sus laderas los tomillares.

No busquéis en sus pobres alrededores
jardines esmaltados de lindas flores;
ni hallaréis en sus cerros los naranjales,
ni veréis en su sierra lindos rosales.

No hallaréis en sus campos un paraíso,
que la Naturaleza darle no quiso.
Son sus áridos valles pobres plantíos;
son sus pobres cañadas vegas sin ríos.

Si visitáis sus montes y sus marjales,
veréis viejas encinas y matorrales,
y en vez de frescas bandas de azules violas
veréis entre los trigos las amapolas.

¡Buscad secos barbechos siempre agostados!...
¡Buscad la rubia espiga de los sembrados!...
¡Buscad cuando el gran astro lumbre fulgura,
una encina, una piedra y una llanura!...

En sus tristes y humildes alrededores
jamás cantar se oyeron los ruiseñores.
De sus montes de encinas por los confines,
saltan lindos chivones y colorines.

Gorjeadores alondras y golondrinas,
de sus pobres casitas son las vecinas,
y habitan sus laderas, montes y lomas,
las dulces tortolillas y las palomas.

No busquéis en sus sierras fieros torrentes;
buscad sus solitarias y ocultas fuentes;
no busquéis en el monte la catarata
que al bajar al abismo se desbarata;
buscad, en vez del río que se despeña,
el manantial, que fluye de negra peña;
y en vez de la cascada de las alturas,
buscad los arroyuelos de las llanuras.

¡Buscad secos barbechos, siempre agostados!...
¡Buscad la rubia espiga de los sembrados!...
¡Buscad, cuando el gran astro lumbre fulgura
una encina, una piedra y una llanura!...

II

Hay en medio de Frades rústico huerto,
que parece el oasis de aquel desierto.

Entoldan sus paseos los emparrados,
con sus brazos frondosos entrelazados;
despliegan las acacias sus anchas copas,
donde los gorriones cantan en tropas.

Son las tapias del huerto de vieja piedra,
que cubre cuidadosa la verde hiedra;
las auras vespertinas y matinales
juegan con los cerezos y los perales;
tapizan sus paseos yerbas silvestres,
y en los rincones crecen flores campestres.

Los alegres manzanos cuando florecen
dan sombra a las verduras que abajo crecen.

Si un aroma se aspira dulce y ligero,
es el aroma dulce de algún romero.

Junto a la vieja tapia crece y vegeta
el junco del pantano con la violeta,
y unen abrazos tiernos y fraternales
las verdes zarzamoras con los rosales.

El viento se embalsama con los olores
de aquellas coloradas y lindas flores,
y junto a la violeta crece amarilla
exhalando su aroma la manzanilla.

Hay entre las verduras una fontana,
do el agua para ellas tan clara mana,
que a la vez se reflejan en sus cristales
dos manzanos, tres guindos y tres rosales.

Y al pie de esta fontana, tan pura y bella
vive el amargo ajeno con la grosella,
y de igual modo vive, crece y se hermana
la colorida fresa con la romana.

En esas mañanitas del mes de mayo,
antes que el sol nos mande su ardiente rayo,
de aromas y armonías hay un concierto
dentro de aquel silvestre y alegre huerto.

Cuando la luz asoma por las colinas,
ya cantan en los guindos las golondrinas,
y antes que el sol derrame luz sobre el suelo,
ya las pardas alondras suben al cielo.

Hay cerca de aquel huerto viejos cercados
y viejas encinitas y viejos prados,
y entre estas encinitas, casi cubierta,
canta la tortolilla cuando despierta.

En los rojos tejados de aquella aldea

el tordo se despluma, silba y gorjea,
y chillando a su lado sobre el alero
el gorrión inquieto salta ligero.

Se revuelcan y charlan en los corrales
las alegres gallinas con los pardales;
despierta la paloma madrugadora
cuando el astro naciente las lomas dora,
y dejando en parejas los palomares,
por el cielo del huerto cruzan a pares.

Los cargados manzanos abren sus flores;
la humilde manzanilla despide olores,
y olores dan la rosa y la romana,
que vegeta en la orilla de la fontana.

En las ramas nudosas de los manzanos
depositan sus larvas pardos gusanos;
las constantes arañas tejen sus redes
en las húmedas grietas de las paredes,
y trepan las hormigas por su sendero
que suele ser el tronco de un limonero.

Previsora, constante, madrugadora,
inteligente, sabia, trabajadora,
en busca de sus flores sola se aleja
y su oscura colmena deja la abeja.

Insectos, flores y aves en dulce salva
saludan con sus ruidos la luz del alba,
que asoma sonrosada, bella y riente,
recostada en las lomas del Claro Oriente.

II

Mes de agosto ardoroso, serena tarde;
arde el sol en el cielo; la tierra arde.

Todo, todo, en la aldea reposa inerte...
el hombre, el ave, el bruto, todo se duerme...
y cuando el mundo vivo parece muerto
yo, que soy el que velo, me voy al huerto.

Allí, bajo la sombra de un emparrado,
de amarillentas hojas entrelazado,
hago lecho mullido del verde suelo
y mis cansados ojos fijo en el cielo.

Mis párpados se entornan pausadamente;
confuso mar de ideas turba mi mente...
mi pensamiento flota, vago..., perdido...,
y, cerrando mis ojos, ¡quedo dormido!...

En las tardes de agosto, tardes de calma,
en cuyas largas horas se duerme el alma,
después que me embriaga dulce beleño
y me quedo dormido..., ¿sabes qué sueño?

Sueño que voy cruzando por un desierto,
un mar sin fin de arenas, un mar sin puerto.

Lágrimas de agonía vierten mis ojos
porque mis pies heridos pisan abrojos.

En medio del desierto sueño que existe
un albergue que sirve de alivio al triste;
un oasis bendito, do el peregrino
alivia las fatigas de su camino.

Es el rey del oasis un niño alado,
que aquel edén hermoso vigila armado.

En una aguda flecha guarda amoroso
un licor sonrosado, dulce y sabroso.

Cuando a algún peregrino la sed abrasa
y cerca del oasis llorando pasa,
a recibirle sale solo y armado,
con una de su flechas el niño alado.

Y el arma punzadora lanza certero
al corazón marchito de aquel viajero
que, entrando del oasis bajo el ramaje
refresca los ardores de su viaje.

Y mientras a la sombra duerme y descansa
a sus pies una fuente resuena mansa.

El niño de las alas su sueño vela;
su espíritu cansado soñando vuela,
y el licor de la flecha del niño alado
su corazón ardiente tiene embriagado.

Y, mientras a la sombra yace dormido,
viene con sus acordes a herir su oído
un coro de angelitos que, en derredor
del lecho del viajero, dicen: «¡Amor!...»

Y yo sigo soñando..., sigo soñando
con otros peregrinos que van llegando
al oasis bendito de aquel paraje,
mitad de su penoso, largo viaje.

En medio del desierto, solo, afligido,
fatigado, lloroso, triste, perdido,
el último de todos voy caminando,
¡siempre pisando abrojos!..., ¡siempre llorando!...

Lanzado en el desierto por mi destino
no llevo al fin querido de mi camino,
y el corazón se ahoga casi abrasado
sin el licor sabroso del niño alado.

En medio del oasis y en él gozando
a ti, Casto querido, te vi cantando.

De un árbol oloroso bajo la sombra

y apoyado a tu lado sobre la alfombra,
vi un ser, que dulcemente te sonreía
y oí distintamente que te decía:

«Tú cruzaste un desierto para buscarme
y entraste en este oasis para adorarme.
Si el resto del desierto juntos cruzamos
y al fin de la jornada juntos llegamos,
viviremos felices, sin duras penas,
¡aun yendo del desierto por las arenas!»

Y tú, que lo escuchabas, de allí saliste
y aceptando el apoyo que le ofreciste,
os vi llenos de gozo, cruzando luego
aquel desierto inmenso lleno de fuego...

Rendido de cansancio, lleno de pena,
y con mis pies hollando la ardiente arena,
os perdieron mis ojos..., ¡que se cerraban
sin llegar al oasis que divisaban!

Y tendido entre espinas, sin esperanza
de hallar jamás el puerto de mi bonanza,
exclamaba llorando: «¡Dios mío!... ¡No puedo!...
Estoy aquí tan solo, que... ¡¡tengo miedo!!...»

Quemaba con sus rayos el sol de estío
y el corazón sentía yerto de frío.

Cubrió mis turbios ojos un negro velo,
alcéme amedrentado del duro suelo,
y al extender mi vista por el desierto...
¡desperté en mi silvestre y alegre huerto!

IV

En las dulces mañanas del mes de mayo,
cuando el sol nos envía su primer rayo,
voy al huerto a sentarme, porque en el huerto
hay de aromas y ruidos dulce concierto.

Recostado en la alfombra del verde suelo
y siempre con mi vista fija en el cielo,
percibo en torno mío ricos aromas
que me manda el tomillo desde sus lomas.

Mis párpados se entornan... ¡Estoy despierto
y sueño nuevamente con el desierto!

Sueño que voy andando..., que voy andando
y que al hermoso oasis estoy llegando,
y lo veo tan cerca, que me convida
a vivir una dulce y alegre vida...

Y tanto me aproximo que te diviso
vagando entre el follaje del paraíso.

Al ser que te acompaña le ofreces flores,

flores que en vez de aromas vierten amores.

Al tender tu mirada por el desierto,
me viste caminando con paso incierto,
y no lloraste viendo mi gran quebranto,
porque en aquel oasis no existe el llanto.

Antes de la dorada y hermosa puerta
de la mansión aquella, que estaba abierta,
había un gran abismo, profundo, hondo...,
sin medida, sin término, sin luz, sin fondo.

Al ponerme a la orilla tímidamente,
un vértigo espantoso turbó mi mente;
y casi loco, débil y suspendido
sobre aquel precipicio, perdí el sentido....

Al recobrarlos luego, te vi a mi lado
dentro ya del oasis del niño alado,
y supe que, alargando tu diestra mano,
me salvaste la vida como a un hermano.

Al verme ya en aquella mansión querida,
sentí mi pobre alma de amor herida,
y el licor misterioso del niño alado
mi corazón tenía casi embriagado.

Y vi, en el paraíso de las delicias,
un ser que me halagaba con su caricias,
y al pronunciar mi nombre sus labios rojos,
desperté de mi sueño... y abrí los ojos.

V

En las tardes de agosto, tardes de calma,
en cuyas largas horas se duerme el alma,
mis penas y mis ansias doy al olvido
y a la sombra de un árbol sueño dormido.

Sueño con el desierto y el paraíso,
que en las tardes de agosto nunca diviso,
y, aunque esparce sus rayos el sol de estío,
el corazón me queda yerto de frío.

VI

Pero, ¡ay!, en las mañanas del mes de mayo,
cuando el sol nos envía su claro rayo,
solo y meditabundo me voy al huerto
y a la sombra de un árbol sueño despierto.

Sueño con el desierto y el paraíso,
que en estas mañanitas nunca diviso,
y aunque a mi lado fría la brisa pasa,
mi corazón sensible..., ¡ay!..., ¡se me abrasa!

Suspiros

Solo, triste, perdido sin sosiego

del mar del mundo en las inquietas olas,
sin apagar de mi dolor el fuego
vuelvo de nuevo a lamentarme a solas.

Ha tiempo ya que entre celajes de oro
hermoso edén en mi ilusión soñé.
¿Quién mi ilusión arrebató?... Lo ignoro.
¿Quién goza en mi martirio?... No lo sé.

Yo sólo sé que mitigar deseo
este pesar que arrebató mi calma;
la causa de mi pena no la veo,
y, sin embargo, me desgarras el alma

Tal vez será que el alma se lamenta
en fuerza de sufrir, ya sin motivo;
pero mi pobre corazón no miente
y me hace ver las penas en que vivo.

Nadie comprende porque a nadie importa,
las tristes penas de mi vida amarga;
vida que en dicha y en placer es corta
y en desventuras y en sufrir, muy larga.

¿Quién causó mi placer? Un sueño necio.
¿Con quién soñó mi alma? Con un bien.
¿Quién causó mis angustias? Su desprecio.
¿Quién mató mis ensueños? Su desdén.

En medio de mi pena y desconcierto
no tengo nunca un cariñoso amigo
que me enjague las lágrimas que vierto
y se venga a llorar también conmigo.

Aunque lo quiera y aunque así lo anhele,
no ha podido encontrar el alma mía
ningún amigo fiel que me consuele
cuando yo le contase mi agonía.

Siempre sufriendo mi crúel martirio
turbado veo mi soñado edén,
y la niña que amaba con delirio
ha pagado mi amor con un desdén.

Su mirada de angélico candor
no quiso mi pesar calmar jamás.
¿Y con qué le he pagado?... ¡Con mi amor!
¿Y cuál es mi venganza?... ¡Amarla más!...

¡Patria mía!

...porque has de saber, amigo
mío, que todos los años, en
el verano, hago un cantar
para mi pueblo.
Y te mando este -el cantar-
porque algo te corresponde de él.
Si te extraña de que en el

siglo que corre haya todavía
hombres que se ocupen en cosas
tan inocentes, satisfaceré y haré
desaparecer tu extrañeza,
natural en un chico fin de siècle,
contestándote que aún quedan
en el mundo hombres honrados.

(J. M.^a G. y G.)
15 septiembre 1892

¿??

Rodando en la corriente del mundo vano
como rueda una arena sola y perdida
me encontré con un hombre, llamélo hermano
y te lo di por hijo, patria querida.

Pasado luengo tiempo, te abandonaba,
y en unión de aquel hombre yo visitaba
la tierra en que se asientan sus pobres lares...
¡y canté aquella patria que se me daba!...
¡Maldita sea la lira con que cantaba,
y malditos los ecos de sus cantares!

Yo no tengo más patria que esta aldeíta,
donde está todo el fuego de mi cariño;
el corazón sin ella se me marchita,
pero pensando en ella se vuelve niño.

¡Patria mía querida, que con tu aliento
haces quejar de nuevo con voz vibrante
la fibra más doliente del sentimiento
que se oculta en el pecho de un hijo amante!...,
no llores, si aquel hombre de quien te hablaba
no ha venido a abrazarte y a conocerte;
no admitas aquel hijo que yo te daba,
si en un lejano día viniese a verte.

No amargues con tu llanto mi pobre vida,
porque aquí estoy yo solo para adorarte;
duérmete y no me llores, porque, dormida,
me tendrás a tu lado para cantarte,

¡patria querida!

Porque tú me adoraste con ardimiento,
porque tú me has amado con fe constante,
porque tú bendeciste mi nacimiento,
y no puedo olvidarme que, siempre amante,
de tu brisa amorosa con el aliento

tú me arrullabas,
cuando dormía
sobre mi cuna,
y me besabas
cuando reía
sin pena alguna,
con la alegría

de la ignorancia,
que el alma mía
ya no ha gozado
desde la infancia
ni un solo día...

II

Mi patria es la aldeíta donde he nacido,
donde tengo los padres que me criaron,
donde existen aún caliente mi pobre nido,
donde alientan los seres que me mimaron,
donde viven las almas que me han querido,
donde vuelan las auras que me arrullaron.

Si no fueron ingratos ni olvidadizos
los hijos que a tus pechos se amamantaron,
no llores tú desprecios de advenedizos,
que de pisar tu suelo se desdeñaron,
porque no eres la cuna de los hechizos
donde ellos se mecieron y se criaron.

Pero tú eres la virgen ruda y bravía
que escondes el tesoro de tu pureza,
más clara que los rayos del mediodía,
que tuestan tu morena gentil cabeza.

Eres la campesina que sólo ansía
ver sin hambre a tus hijos y sin tristeza;
por eso les regalas pan y alegría;
y si algún hijo indigno de tu ternura
por buscar más placeres se te extravía,
le dices: «Come, canta, trabaja y reza,
y no busques la senda que te hundiría
de ignorados abismos por la aspereza.»

No llores, pues, si un hombre te quiso un día
menospreciar acaso por tu rudeza,
¡no, patria mía!,
que si no eres del mundo la maravilla
ni eres de la hermosura supremo exceso,
eres la madre tierna, ruda y sencilla,
que a tus hijos veneras con embeleso;
y yo, sólo por eso, te quiero tanto,
que hasta llamarte madre mi amor me lleva,
y sólo tu recuerdo bendito y santo
me hace bueno, me arrastra, y hasta me eleva

desde el pantano
sucio y liviano
de las pasiones,
donde revuelcan
encenagados
los corazones
desesperados
sus ilusiones...,
hasta la cumbre
de paz y calma
de las virtudes,

en cuya lumbre
se inunda el alma
de resplandores,
se dignifica
con la agonía de los dolores;
se purifica
con la alegría de los amores.

III

¡Verdes lomas cubiertas de matorrales,
laderas guarnecidas de robledales,
nidal de negros cuervos y ruiseñores,
praderas salpicadas de manantiales,
archivo de recuerdos encantadores!...

¡Patria mía, que enciendes mis ideales,
que conservas la historia de mis mayores!...,
tú siempre has sido y eres la dulce idea
que ilumina mis sueños de resplandores,
que a mi espíritu enfermo cura y recrea,
que endulza de mi vida los amargores.

Porque haya habido un hombre que ingrato sea,
no quiero que te aflijas, ni que lo llores,
¡plácida aldea!,
que si a ese hombre le ha dado cuna ostentosa
aquella tierra hermosa, cuya preseña
borda de rubias perlas la mar furiosa
que con salvaje arrullo la galantea,
tú, más casta que ella, más candorosa,
la sencillez severa que te hermosea
guardas, como la virgen más pudorosa,
en el arco de montes que te rodea.

No llores el desprecio del hijo ingrato
de la altiva sultana, rica y liviana,
que es la más lujuriosa de las mujeres;
porque si él es el hijo de la sultana
que emborracha sus hijos con los placeres,
yo soy el hijo amante de la aldeana
que alimenta sus hijos con pan moreno,
y les dice, cual madre pobre y cristiana:
«Come, canta, trabaja, reza y sé bueno.

Tus desventuras
sufre con calma
noble y sincera;
¡y ama, si el alma
te lo pidiera!
Que el alma buena
se purifica
con la crudeza de los dolores;
se dignifica
con la pureza de los amores.»

IV

Tú, patria mía, no tienes de azahar un velo,
ni mares que te arrullen enamorados,
ni montañas que escalen el mismo cielo,
ni bosques con vergeles entrelazados.

Lucir tampoco puedes en tu garganta
de nácares y perlas rica preseña;
y aunque tú estás guardada de gente tanta
como a la gran sultana siempre babea,
ni la brisa marina tu frente orea
ni puede, aunque quisieras, gozar tu planta
las frescas humedades de la marea.

En tu suelo al viajero tampoco encanta
la luz de inmenso faro que cabrillea,
alumbrando al navío que se adelanta
y en noche borrascosa se balancea
sobre un mar encrespado que al hombre espanta,
y que a la luz siniestra que lo platea,
y a impulsos de la fuerza que lo levanta,
se agita, fosforece y amarillea,
duerme, ruge, suspira, murmura y canta.

Tú no eres la sultana que se recrea
en la misma belleza que la agiganta,
¡rústica aldea!...

Pero eres la aldeana trabajadora
que, al trabajo rendido y a las fatigas,
reclinas tu cabeza de labradora
sobre un haz de maduras, rubias espigas,
que este sol de Castilla calcina y dora.

Tú eres la esposa rústica, la madre sana
más casta, más salvaje que la sultana.
Si para ti no arrastran del mar las olas
aderezos de nácar, de maleagrina,
ni gárrulos concetos de barcarolas,
tienes, en cambio, campos de mies cetrina,
donde tú te brillantas y te arrebolas
bajo esta meridiana luz argentina
que, al vibrar de mil flores en las corolas,
tiñe a trozos tu manto de purpurina,
que Dios ha recamado con orla fina
de claveles azules y de amapolas...

Y todo ser que bulle, murmura o trina,
ruge, canta o se mueve sobre tu suelo,
es la voz de un concierto que sube al cielo;
la esencia inmaculada de aquella idea
que siempre de ti ausente canto y evoco,

¡gárrula aldea,
nido de un loco!...

Si son en ti dichosos tus moradores,
no te aflijas por nada, por nada llores,
que yo te adoro;
¡pero guarda la vida de mis mayores,

como un tesoro
constantemente!...,
porque, si yo te quiero como un demente
y te llamo en mi ausencia con hondos gritos
desgarradores,
¡es porque están contigo seres benditos
que son el amor santo de mis amores!...

V

Tu sol arde en el cielo como una hoguera;
sacude, patria mía, la cabellera
de tus viejas encinas y tus sembrados,
y mándame por ellos la brisa lenta
que agite mis pulmones congestionados
y humedezca mi boca que arde sedienta;
que sacuda mis miembros aletargados
y refresque mi frente calenturienta...

Ha mediado la tarde y el sol abrasa;
la espiga suelta el grano, chasca y se tuesta;
si corre el aura, escalda por donde pasa;
todo ser animado duerme la siesta...

¡Cántame alguna estrofa pesada y larga,
como las que cantabas cuando era niño...;
arrúllame este sueño, que me aletarga,
con un cuento de amores, en que el cariño
me transporte a otra vida menos amarga!...

¡Oh cuéntame una historia!..., mas no una historia
de esas que el alma queman al escucharlas;
que labran hondos huecos en la memoria,
y que espantan y hieren al recordarlas.

Cuéntame historias largas de trovadores,
de bardos, de poetas y de mujeres...,
inyecta en mi cerebro sueños de amores,
y que, siquiera en sueños, tenga placeres...

¡Pero no! Si lo hicieras, ¡me matarías!
Haz que ningún recuerdo mi alma taladre.
Cuéntame lo que quieras de aquellos días
en que sólo soñaba yo con mi madre.

Emborráchame el alma con regodeos
y apariciones místicas de la pureza...,
y déjame este cuerpo sin los deseos
del ensueño letárgico de la pereza...

Duérmete tú conmigo desde esta loma
donde ni un ser se mueve ni el aura bulle,
y tráeme de tus montes una paloma
que, oculta en esta encina, mi siesta arrulle.

Cántame los idilios con que regalas
al hijo extraviado que te visita,
y haz de tu amor de madre, con ambas alas,

un dosel en que apoye mi sien marchita...

¡Gracias, patria amorosa, gracias mil veces!
¡Dios conserve y bendiga tus moradores!
¡Dios de tus pobres hijos oiga las preces!
¡Dios les dé pan, virtudes, glorias y amores!

¡Dios aleje la muerte de tu morada!
¡Dios te dé a manos llenas dichas benditas!
¡Dios alegre tu cielo con su mirada!
¡Dios bendiga tus campos y tus casitas!

Tú has combatido siempre mis agonías
con fuerzas misteriosas y celestiales;
por eso hoy, gastado, como otros días,
vengo a buscar de nuevo fuerzas vitales...
¡Que se van extinguiendo mis energías!
¡Que se van apagando mis ideales!...

Úngeme de esa esencia tan misteriosa
que sacude la anemia de mi impotencia,
y a mi ser da una fuerza bien poderosa
para esta lucha horrible de la existencia.

Satura tú mi sangre con esa esencia,
y no llores por nada, patria amorosa;
canta y reposa,
¡gárrula aldea!,
duerme la siesta
sobre esta cuesta
que el sol caldea,
la luz platea
y el aura tuesta...

Y si es que, mientras lenta la tarde pasa,
no puedes regalarme brisa más fría,
¡bésame en esta frente, que se me abrasa,
y ampara esta cabeza, que se extravía!...

Pero si tú me quieres,
si tú me llamas,
¡nuestro cariño bendito sea!
Pero si no me adoras,
si no me amas,
¡¡¡dame a mi padre!!! y ¡¡¡adiós, aldea!!

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>